TALIA

JOSE MONTERO ALONSO Y ENRIQUE TEDESCHI

USTED NO ES MI MARIDO

Comedia en tres actos

Versión castellana de la obra de ALDO DE BENEDETTI

TALIA

REVISTA QUINCENAL
DE OBRAS TEATRALES

Director: Cecilio Luna
Administración
Huertas, 55 -:- Teléfono 17210
MADRID

2 pts.

TALIA Publicará las obras teatrales más interesantes.

TALIA Publicará las obras de los más prestigiosos autores.

TALIA Publicará las obras que más éxito hayan alcanzado.

TALIA Formará la colección más completa del Teatro Clásico y Contemporáneo.

Lea V. TALIA

DISTRIBUIDORA EXCLUSIVA PARA ESPAÑA

Librerías de Ferrocarriles, S. A.

VALENZUELA, 6 -:- MADRID

JOSE MONTERO ALONSO Y ENRIQUE TEDESCHI

USTED NO ES MI MARIDO

COMEDIA EN TRES ACTOS

Versión castellana de la obra de Aldo de Benedetti

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid, el día 20 de Octubre de 1941

TALIA

AÑO III -:- Madrid 1942 -:- NUM. XXVI

E. de MIGUEL - Huertas, 51
Teléfono 17219
MADRID

REPARTO

Luisa	Niní Montián.
La tía Clotilde	Carmen López Lagar.
Evelina	Mari Campos.
Luisita, la mecanógrafa	María Luisa Ponte.
Adela	Mercedes Albert.
Rosa	María García.
El doctor Alberto Spinelli	Luis García Ortega.
Pablo	Luis Porredón.
Francisco	Luis Cornejo.

La acción en Roma, en nuestro tiempo.

ACTO PRIMERO

La escena representa un estudio decorado con sobria elegancia. Puertas a derecha e izquierda. Al fondo, una amplia ventana, abierta sobre la verde claridad de un jardín. En las paredes, estantes con libros. Entre los muebles, una mesita baja con diarios y revistas.

(Al levantarse el telón, FRANCISCO y ADELA están escuchando junto a la puerta de la izquierda. FRANCISCO se inclina para mirar por el agujero de la cerradura.)

ADELA.—(Tras un instante, ansiosa, impaciente.) **¿Qué hace?**

FRANCISCO.—(Que sigue mirando.)—**Chiss...**

ADELA.—**¡Dios mío!... ¡Dios mío!...**

FRANCISCO.—**Está callada.**

ADELA.—**Pero... ¿qué hace?**

FRANCISCO.—**Nada... Trabaja...** (Continúa mirando.) **Ahora se mueve...** (Alejándose bruscamente.) **Viene... ¡viene!...** (Los dos retroceden asustados y fingen estar arreglando los objetos).

ADELA.—(Con un hilo de voz.)—**¿Venía hacia aquí?**

FRANCISCO.—**No sé. Se había levantado... Chis..** (Están un instante escuchando.)

ADELA—**¿Qué es?**

FRANCISCO.—**Nada. Me parecía...** (Se acerca de nuevo con precaución a la puerta, escuchando un instante; después se inclina para mirar por el agujero de la cerradura.)

ADELA.—**Fíjate bien.**

FRANCISCO.—**Se ha marchado de donde estaba.** (Escucha un poco.) **Está en el salón. Escucha... ¿Oyes?...** (Se escucha un sonido amortiguado de piano.)

ADELA.—**Hace falta vigilarla...**

FRANCISCO.—**¿Hasta cuando toque el piano?**

ADELA.—¿No oíste lo que dijo el señor? No hay que perderla de vista un solo instante.

FRANCISCO.—Podrías entrar tú en el salón con cualquier pretexto.

ADELA.—¡Ah, no! Tengo miedo.

FRANCISCO.—¡Miedo! Nadie te va a comer. Hay que ser estúpido para tener miedo. (Se detiene de pronto, despavorido.) Chiss...

ADELA.—(Asustadísima.)—¿Qué es?

FRANCISCO.—Pasos. (Quedan los dos encogidos contra la pared. Aparece en la puerta de la derecha ROSA, que avanza cauta, medrosa.)

FRANCISCO.—(Respirando.) ¡Ah! Eres tú...

ROSA.—(En voz baja.) ¿Dónde está?

FRANCISCO.—Allí. Toca el piano.

ADELA.—¡Dios mío! ¡Qué cosa más terrible!

ROSA.—Yo no sigo en esta casa.

FRANCISCO.—Eso es una tontería.

ROSA.—No lo es. En cuanto vea al señor, se lo digo bien claro.

FRANCISCO.—¡Bien! ¡Muy bonito! Sólo tú te irás. ¡Pobre señor! Se ve en un estado que da lástima.

ROSA.—Sí. Pero, en tanto, se va a paseo, como si no ocurriese nada.

FRANCISCO.—¡Pero qué paseo! Se marcha y se sienta en un banco que está casi al lado de la puerta de la casa. Parece una sombra, un pingajo. Chiss... (Todos escuchan, suspensos.) ¿Toca ahora?

ADELA.—Me parece que sí...

FRANCISCO.—(A Rosa.) ¿No habrás dicho nada?

ROSA.—Claro que no. ¿Por quién me tomas?

FRANCISCO.—Cuidado con charlar con los que vengan a casa. Ya sabes que el señor ha recomendado que no se sepa nada.

ROSA.—Sí, sí... Pero yo creo que no podrá ser... Entre tanto, necesito saber... La comida, ¿debo prepararla o no?

FRANCISCO.—¡Claro que sí! Todo como antes, como si nada hubiese ocurrido. Pero, en vez de estar aquí, debías de estar en la cocina. Podría entrar de un momento a otro.

ROSA.—Me voy, me voy... No quiero encontrarla aquí. (Se dispone a salir.) ¿Y la carne? ¿Cómo la debo hacer? ¿Asada o en salsa?

FRANCISCO.—Hazla como te parezca.

ADELA.—La prefiero asada.

ROSA.—(Saliendo.) Bien. Entonces la haré en salsa. (El ruido del teléfono les hace estremecerse.)

FRANCISCO.—(Reponiéndose.) Nada, nada... Es el teléfono. (Coge el auricular.) Diga... 366-422... Sí... Casa de la señora Malpieri... ¿Quién la llama? No creo que esté en casa... Voy a verlo... (Tapa con la mano el auricular.) Llaman a la señora...

ADELA.—Di que no está.

FRANCISCO.—Es la condesa Campa.

ADELA.—Lo mismo. Ya has oído al señor: no debe hablar con nadie.

FRANCISCO.—Sí, sí. (Coge el aparato.) Oiga... La señora no está en casa. ¿Cómo?... No, señora condesa, le aseguro que no está en casa. No sé decirle más... (Entra por la izquierda LUISA, que se sorprende al escuchar a FRANCISCO. ADELA, de puntillas, se aleja y sale. FRANCISCO no ha visto a LUISA y continúa telefoneando.) Tal vez no se ha explicado bien... No... no... La señora no está en casa... Ha salido...

LUISA.—¡Francisco!

FRANCISCO.—(Volviéndose aterrado.) ¡Ah!

LUISA.—¿Pero qué estás diciendo? No estoy en casa... ¿Quién es?

FRANCISCO.—La condesa Campa.

LUISA.—(Cogiendo el aparato.) ¡Oh, qué tonto! (Hablando.) Claro... Sí... Soy yo... ¡Ten paciencia! Pero si..., no comprendo... (A Francisco.) ¡Qué ocurrencia!

FRANCISCO.—(Tímidamente y haciendo ademán de retirarse.) Perdone la señora... Creía...

LUISA.—(Telefoneando.) Pero no, querida, figúrate... No entiendo cómo (A Francisco.) Espera, Francisco. (A la amiga.) Dime, dime... ¡Ah! Para un traje de mañana no es. Demasiado vistoso, muy brillante... Pero si lo he dicho... lo he dicho ya... Es inútil... Rosa María... Por mi parte lo dejo decir y hago luego lo que me parece... ¿Sabes?... He visto un crepe georgette admirable... Sí, sí... ¿Es... (Aparece PABLO en la puerta de la derecha, que se sorprende y queda en el umbral. LUISA, de espaldas a él, no le ve y continúa hablando.) Muy recargado, con manga larga y estrecha hasta el puño... Verás, verás... Un encanto de traje...

PABLO.—¿Qué hace?

FRANCIS.—Telefonea.

PABLO.—Ya lo veo. Te quería decir...

FRANCIS.—Entró de pronto, mientras yo contestaba...

LUISA.—(Telefoneando). — Cierto... Creo que esta vez tendré palabra... Figúrate que la última vez me hizo esperar quince días ... Sí, sí...

PABLO.—¿A quién habla?

FRANCIS.—A la condesa Campa. Yo la estaba diciendo...

PABLO.—Silencio.

LUISA.—(Telefoneando). — ¡Muy bien! ¡De acuerdo! . Sí... A las diez y media, en la puerta de tu casa... No me hagas esperar... ¿Te parece bien? Adiós, querida, y un beso al chiquillo... Adiós... (Cuelga el auricular y se vuelve. Ve a Pablo y hace un gesto de contrariedad.) ¿Todavía? ¿Pero se puede saber quién es y qué quiere? (A Francisco).

PABLO.—(Humildemente).—Pero, Luisa, ¿es posible que no me reconozcas?

LUISA.—¿Que no le reconozca? ¡Bonita fantasía la suya! Le repito que no le he visto ni le he reconocido nunca... Y le digo, además, que su insistencia empieza a cansarme...

PABLO.—Pero, Luisa, mírame bien... Soy Pablo... Pablo... Tu marido.

LUISA.—La misma historia... ¡Es ya la tercera vez que viene a decirme ese disparate! Si es una broma, es de pésimo gusto. ¡Hágame el favor de marcharse! (A Francisco.) Y tú.... ¿por qué le has dejado entrar?... Te tengo dicho...

FRANCIS.—Señora...

LUISA.—Nada... Tengo razón para indignarme. (A Pablo.) Y agradezca a Dios que no esté en casa mi marido...

PABLO.—¡Pero si tu marido soy yo!

LUISA.—(Levantando los brazos al cielo).—¡Pero esto es terrible! (A Francisco.) Francisco: Acompaña inmediatamente a este señor hasta la puerta y ¡ay si vuelve a poner los pies en esta casa!

PABLO.—Pero, Luisa... Luisa..

LUISA.—Y si insiste llamas a la Policía. (Disponiéndose a salir.) Nunca he visto una cosa igual. (Sale. Pablo se deja caer abrumado sobre una silla.)

PABLO.—(A Francisco, que está esperando humildemente.) ¿Has visto?... ¡Como antes..., como antes!... ¡Y este médico que no viene! (Mira el reloj.) Y las seis... ¿Estás seguro de haberle avisado?

FRANCIS.—Hablé con su ayudante. Me dijo que el doctor llegará de un momento a otro.

PABLO.—¿Y le has dicho que se trataba de una cosa urgente?

FRANCIS.—Sí..., urgentísima. El ayudante tomó nota. Me aseguró que vendría muy pronto.

PABLO.—Mira hacia dónde ha ido.

FRANCIS.—(Abriendo con cautela la puerta).—Está en el salón. Toca el piano.

PABLO.—No hay que perderla de vista ni un momento. (Tomando la guía de teléfonos.) ¿Cómo se llama la clínica?

FRANCIS.—Villa Serena... Casa de salud de Villa Serena.

PABLO.—¿Villa Serena?... ¿No habrá hablado nadie, no le habrán contado?...

FRANCIS.—Esté tranquilo el señor... Se lo he recomendado así a Adela y a Rosa...

PABLO.—Aquí está. Villa Serena, casa de salud; 275463... Di a Adela que esté siempre en la habitación de al lado... Y tú vete al jardín y vigila bien la ventana...

FRANCIS.—(Saliendo).—Sí, señor.

PABLO.—(Al teléfono).—Oiga... ¿Villa Serena? El doctor Spinelli, por favor... ¿Salió? ¡Qué contrariedad!... Soy el abogado Malpieri. Había avisado al doctor para que viniese con toda urgencia. ¿Ah, sí?... Pues no ha llegado aún. ¿Le dijeron que era urgente? (Entra Francisco.)

FRANCIS.—Se ha parado un coche ante la puerta.

PABLO.—(Telefoneando).—Parece que ha llegado ahora, señorita. Espere un momento. (Mirando por la ventana.)

FRANCIS.—Es un señor... Está atravesando el jardín.

PABLO.—Es él, es él... (Telefoneando.) Gracias, señorita. Ya ha llegado. (Deja el aparato.) Vete a observar a la señora. Yo iré al encuentro del doctor. (Francisco sale por la izquierda, Pablo sale por la derecha y tras unos instantes vuelve a escena con ALBERTO.)

PABLO.—Siéntese, doctor. Temía que no le hubiesen dado el recado.

ALBERTO.—No me ha sido posible antes...

PABLO.—Gracias, doctor. Déme... (Pone sobre una silla el sombrero y el abrigo de Alberto y le señala una silla.) Siéntese...

ALBERTO.—Gracias. (Se sienta.)

PABLO.—(Sentándose frente a Alberto).—Ocurre, doctor, una cosa gravísima. ¡Mi mujer se ha vuelto loca!

ALBERTO.—(Indiferente).—¡Ah!

PABLO.—¡Sí!... Loca, así, de improviso..., repentinamentemente... Sin una causa... Figúrese que...

ALBERTO.—(Interrumpiéndole). — Un momento, le rue-

go... Vayamos con orden. (Saca del bolsillo un cuaderno de notas.) ¿El nombre de la enferma?

PABLO.—Luisa... Luisa Malpieri.

ALBERTO.—(Apuntando).—¿Edad?

PABLO.—Veinticinco años. Los ha cumplido en noviembre.

ALBERTO.—¿Profesión?

PABLO.—Ninguna.

ALBERTO.—Sus labores... Casada, ¿verdad?

PABLO.—Sí; conmigo.

ALBERTO.—¿Hijos?

PABLO.—No... Ninguno...

ALBERTO.—¿Por qué?

PABLO.—Pues... No sé. (Azorado.)

ALBERTO.—¿La señora ha sufrido enfermedades graves?

PABLO.—No... No... Las dolencias propias de la infancia. Nada importante...

ALBERTO. — ¿Agotamiento nervioso, dolores intensos de cabeza, depresión psíquica, epilepsia?

PABLO.—Nada, nada... Está perfectamente sana y robusta.

ALBERTO.—Pues bien. ¿Abusa de las bedidas alcohólicas?

PABLO.—¡Por Dios! ¡Es abstemia!

ALBERTO.—¿Sabe usted si hacía uso de estupefacientes?

PABLO.—¡Por caridad! ¿Mi mujer?

ALBERTO.—En estos últimos tiempos, ¿ha sufrido algún accidente que pueda hacer pensar en lesiones de origen traumático? Caídas, choques violentos, golpes en la cabeza...

PABLO.—Nada, nada...

ALBERTO. — ¿Ha presentado síntomas de anormalidad psíquica: cambios de humor, incoherencias, irritabilidad, crisis de pánico injustificado, hilaridad desmedida?

PABLO.—No, no. Fué siempre tranquila, apacible, serena.

ALBERTO.—Bien, bien. ¿Viven aún los padres de su señora?

PABLO.—Sí. Residen en el campo y los dos tienen una salud inmejorable.

ALBERTO.—Entre los ascendientes, ¿ha habido algún caso de demencia, o de imbecilidad, o de deficiencia mental?

PABLO.—Que yo sepa, no.

ALBERTO.—(Guarda el cuadernillo).—Espléndido. Deseo ahora que me cuente los hechos sin ocultar ningún detalle. Los detalles nos permitirán trazar un cuadro de diagnóstico exacto. Empiece, por tanto.

PABLO.—Los hechos, doctor, se han desarrollado así: Yo estaba dictando una carta a mi taquígrafa...

ALBERTO.—¿Cuándo?

PABLO.—Esta mañana, antes del desayuno.

ALBERTO.—¿A qué hora?

PABLO.—No sé... Serían las diez, las diez y media.

ALBERTO.—Muy bien. Continúe.

PABLO.—Estaba, como le decía, dictando una carta, cuando de pronto se abrió la puerta y entró mi mujer. Me miró un momento, lanzó un grito y huyó. ¡Como se lo cuento, doctor! Se encerró con llave en su cuarto y empezó a lanzar objetos al aire, gritando como una endemoniada. Después se calmó, abrió su cuarto, pasó ante mí sin mirarme, se dirigió al salón y se puso a tocar el piano.

ALBERTO.—¿Cuánto tiempo le duró la crisis?

PABLO.—No sé... Cinco, diez minutos...

ALBERTO.—Bien, bien . Y después de la crisis quedó en calma, tranquila, como si nada hubiese ocurrido, ¿no es eso?

PABLO.—Sí, sí... Quedó tranquilísima.

ALBERTO.—Y, naturalmente, parecía como volver de las nubes cuando le dijo usted...

PABLO.—No, doctor; es una cosa peor.

ALBERTO.—¿Qué es?

PABLO.—Que no me reconoce.

ALBERTO.—(Asombrado).—¡Ah!

PABLO.—Como si no me hubiese visto nunca. Cuando le digo que soy su marido se enfurece y me hace arrojar fuera, como a un intruso.

ALBERTO.—Bien, bien. ¿Y reconoce a los demás?

PABLO.—Sí. A los demás, sí... A todos. Al criado, la doncella, la cocinera. Sólo a mí no me reconoce.

ALBERTO.—En las otras cosas, ¿es tranquila, normal? ¿Razona bien?

PABLO.—Perfectamente. Trabaja, lee, da órdenes a la servidumbre, telefonea a las amigas...

ALBERTO.—He comprendido: amnesia parcial.

PABLO.—¿Qué?

ROBERTO.—Amnesia parcial. Una pequeña zona de oscuridad en la función del cerebro.

PABLO.—¿Grave?

ALBERTO.—No. Un fenómono bastante frecuente. Imagine que el cerebro humano fuese como una central telefónica, con millares de hilos que van y vienen, que se entrecruzan, que se superponen. Imagine que uno de estos hilos se estropea.

Como consecuencia de ello, el silencio, la oscuridad. Una cosa, una persona queda aislada. Como si cesara de existir.

PABLO.—¿Yo ahora?

ALBERTO.—Eso es. En este momento usted, para el cerebro de su esposa, no existe. El hilo se ha estropeado. Todos los lazos que le unían con los otros hilos circundantes se han roto.

PABLO.—Pero ¿cómo?... ¿Para siempre?

ALBERTO.—No. Esperemos que no. Naturalmente, son fenómenos transitorios, que se resuelven en brevísimo tiempo. De pronto, en cualquier momento, el contacto se establece de nuevo y la normalidad vuelve.

PABLO.—¿Y qué es necesario hacer?

ALBERTO.—Nada. Esperar. Obedecer en todo a la enferma, no contradecirla, no insistir en hacerle notar el error, sino más bien seguirla en ese error suyo. Impedir a toda costa que su pensamiento pueda advertir que se la trata como a una desequilibrada. Aquel que sabe que se le cree anormal se hace suspicaz, se controla, se observa, e inevitablemente su desequilibrio se agudiza. En cambio, si no lo advierte... ¿No se ha fijado nunca en el esfuerzo mental para recordar una palabra, un nombre que diga. En cambio, de pronto, sin pensar en ello, la palabra, el nombre, vuelven al pensamiento cuando menos se esperaba.

PABLO.—Es verdad.

ALBERTO.—Así que su esposa: un pequeño olvido.

PABLO.—¿Pequeño? ¡Ha olvidado a su marido!

ALBERTO.—Esté tranquilo, porque ella lo volverá a encontrar.

PABLO.—Perdone, doctor. ¿Y si mi mujer se obstina en no reconocerme?

ALBERTO.—No insista en hacerse conocer.

PABLO.—Si no quiere verme, si me arroja a la calle...

ALBERTO.—Usted no debe irse ni debe dejarse ver... Dígame, ¿desde cuándo están casados?

PABLO.—Desde hace cuatro años.

ALBERTO.—¿Hubo siempre buena armonía entre los dos?

PABLO.—Excelentísima. Adoro a mi mujer.

ALBERTO.—¿Y ella?

PABLO.—También me adora.

ALBERTO.—¿Han tenido discusiones, escenas violentas?

PABLO.—Nada, nada... Algún pequeño disgustillo sin importancia. Ya se sabe: cosas de matrimonio, tonterías... Por ejemplo... Pero, no; no merece la pena...

ALBERTO.—Diga, diga.

PABLO.—Anteayer tuvimos una discusión por el coche. Yo tengo un coche viejo, americano, que marcha muy bien. Mi mujer quisiera cambiarlo. Un capricho, porque mi automóvil tiene un motor inmejorable. Pero ya se sabe: la elegancia, el coche que sea bonito por fuera. Discutimos por ello un poco, pero no creo que por esto...

ALBERTO.—No, no me parece posible. Una última cosa... Discúlpeme si me veo obligado a hacerle una pregunta de carácter íntimo. Su señora... (Francisco aparece en la puerta de la izquierda.)

FRANCIS.—(En voz baja).—Señor.

PABLO.—¿Qué es?

FRANCIS.—Quiero decirle que me parece que... Sí... En fin, que la señora ya no..

PABLO.—¿Qué?

FRANCIS.—Sí... Yo estaba en el comedor. Entró la señora y me dijo: "Pero ¿con quién está hablando mi marido?"

PABLO.—¡Ha reconocido mi voz!

ALBERTO.—¿Recuerda lo que yo le dije? Son fenómenos transitorios, brevísimos, que se resuelven en el momento menos pensado...

PABLO.—(Feliz).—Entonces ¿se ha restablecido el contacto?

ALBERTO.—Probablemente, sí. Vaya hacia su señora y verá qué pronto le reconoce.

PABLO.—(A Francisco).—¿Dónde está?

FRANCIS.—(Medio abriendo la puerta).—En el salón... Escribe... ¡Ah! Viene hacia aquí...

PABLO.—(Un poco turbado).—¿Qué debo hacer?

ALBERTO.—Preséntame como un conocido, un amigo...

PABLO.—¿Un cliente?

ALBERTO.—Eso, sí... Un cliente... (Entra por la izquierda LUISA con un papel en la mano. Se dirige resueltamente hacia Alberto.)

LUISA.—¡Oh! Por fin has vuelto... ¿Cómo no te has dejado ver en todo el día?

ALBERTO.—(Desconcertado).—Pero...

LUISA.—Desde el desayuno. Por lo menos me has debido dar un golpe de teléfono, avisándomelo. No sabía qué pensar . ¿Te ha ocurrido alguna cosa?

ALBERTO.—(Balbuceando).—No, no...

LUISA.—Mas, ¿qué tienes? ¿Por qué me miras así? Te encuentro hoy extraño. (Se dirige hacia una mesa en la que

hay útiles de escribir: papel, tinta, etc.) Necesito un sobre. Acabé los míos. Este va bien. (Se sienta y comienza a escribir: Pablo y Alberto están estupefactos. Pablo se acerca cautelosamente a Alberto.)

PABLO.—(En voz baja).—¿Ha visto?

ALBERTO.—¡Extraordinario! ¡Extraordinario!...

LUISA.—¡Ah, Pablo! Clara me ha enviado saludos para ti. ¿Quieres poner algo para la tía?

PABLO.—(A Alberto).—Le dice a usted.

ALBERTO.—(Recobrándose).—¿A mí? (A Luisa.) No . No importa.

LUISA.—¡Qué tonta! ¿No he escrito Roma en vez de Torino? (Escribe de nuevo.)

PABLO.—(En voz baja).—¡Está loca!... ¡Está loca!...

ALBERTO.—(En voz baja, pero enérgicamente).—Quieto, sereno, no se descomponga. Que ella no le vea alterado...

PABLO.—¿Pero cómo voy a estar tranquilo?... ¿No la ve? Ha enloquecido, ha enloquecido. ¡Cree, además, que es usted su marido! .

ALBERTO.—¡Cállese! ¡Cállese!... ¡Es interesantísimo!

LUISA.—¿Tienes un sello de cincuenta céntimos?

PABLO.—Le dice a usted.

ALBERTO.—¡Ah! (Saca de la cartera un sello y se lo da a Luisa.) Toma...

LUISA.—(Levantándose). — Francisco: Lleva en seguida esta carta a Correos.

FRANCIS.—Sí, señora...

LUISA.—¡Ah, espera!... Tengo también que enviar una tarjeta. La he dejado en mi cuarto, sobre la mesita... (Francisco hace ademán de ir por ella.) Deja... Yo iré . (Sale por la izquierda.)

PABLO.—(Dejándose caer sobre una silla). — ¡Dios mío! ¡Dios mío!

FRANCIS.—¡Pobre señora!

ALBERTO.—(Con entusiasmo). — ¡Es un caso bellísimo, bellísimo!... ¡Verdaderamente estupendo!...

PABLO.—(Aturdido).—¿Qué?

ALBERTO.—¡Magnífico! ¡Magnífico! Yo no podría imaginar . Piense, amigo mío, que nos encontramos ante una de las más desconcertantes interrogaciones de la ciencia psicopática...

PABLO.—¿Pero de qué se trata, en definitiva?

ALBERTO.—Un fenómeno rarísimo. Sólo se registra un

caso análogo en Miami, estudiado por el profesor Davidhsohn, de Los Angeles, y otro en Pernambuco...

PABLO.—Bueno; ¿y se puede saber qué es lo que tiene mi mujer?

ALBERTO.—¿Qué es lo que tiene? Pues que no se trata de una amnesia común, sino un caso mucho mejor, más interesante. Su señora tiene epistaxis fisionómica...

PABLO.—¿Y qué es eso?

ALBERTO.—¡Epistaxis fisionómica! ¡Confusión de personalidad! Es un fenómeno más interesante que puede presentarse a las investigaciones de un psicópata. Tiene que su señora puede significar un paso definitivo en el progreso de la neuropatología.

PABLO.—¿Y a mí qué me importa la neuropatología?

ALBERTO.—No se exalte, se lo ruego...

PABLO.—¿Cómo no he de exaltarme? Lo que yo quiero saber es lo que mi mujer tiene.

ALBERTO.—Nada grave... El hilo roto...

PABLO.—¡Pero qué hilo! ¡Se ha destrozado todo! ¿No ve que ahora cree que es usted su marido?

ALBERTO.—¡Esto es lo bello precisamente! ¡El hilo destrozado se une con otro hilo y establece así un contacto ficticio.

PABLO.—¿Y ahora qué es lo que debemos de hacer?

ALBERTO.—Nada. Esperar y obedecer a la enferma.

PABLO.—¿Obedecerla?

ALBERTO.—Desde luego. No asombrarse de nada, tratarla como siempre. Aceptar cualquier rareza suya como la cosa más natural...

FRANCIS.—(Que está espiando en la puerta).—Se acerca... Se acerca...

ALBERTO.—(A Pablo, con autoridad).—Vamos, vamos... Levántese del sillón... Muéstrese desenvuelto, sonría...

LUISA.—(Entra Luisa y da a Francisco una tarjeta).—¡Ya está! (A Alberto.) ¿Necesitas algo para Francisco?

ALBERTO.—No, para nada.

LUISA.—(A Francisco).—Vete de prisa. (Francisco sale; Luisa se vuelve, ve a Pablo, lo mira con desconfianza y se acerca a Alberto. Con voz baja.) ¿Se puede saber quién es aquel individuo?

ALBERTO.—(Azorado). — ¿Quién?... ¿Aquél?... Un amigo mío... Un gran amigo, ¿verdad?

PABLO.—¿Qué?

ALBERTO.—¿Verdad que somos amigos? Le estaba precisamente diciendo... Amigos de mucho tiempo...

PABLO.—Ya.. Muchísimo tiempo... Compañeros de escuela...

LUISA.—(A Pablo, fría, desconfiada). — ¡Ah!... Mucho gusto... (Lo mira recelosa; después lleva aparte a Alberto y le habla en voz baja.) Ten cuidado, porque está loco...

ALBERTO.—¿Loco?..., ¡No!... ¡Qué cosa!...

LUISA.—Sí, sí; te lo aseguro... Figúrate que mientras tú estabas fuera ha venido aquí como si fuese el dueño de la casa, diciendo que era mi marido.

ALBERTO.—¿Ah, sí?...

LUISA.—Sí, ¡mi marido!... Es un obstinado. Ha venido tres veces, después que lo hice echar a la calle por Francisco. Comenzaba a tener miedo. Te aseguro que está verdaderamente loco.

ALBERTO.—No es posible . ¿Cómo va a estar loco? Lo habrá dicho así por gastar una broma... (Fuerte a Pablo, que ha seguido asustadamente el diálogo.) ¿Verdad que era una broma?

PABLO.—¿Una broma? ¿El qué?

ALBERTO.—Cuando decías que eras su marido... (A Luisa.) ¿Sabes? ¡Es tan bromista! Le gusta estar bromeando siempre.

LUISA.—¡Ah! Era una broma.

PABLO.—Sí, sí; una broma.

ALBERTO.—Le ha parecido que así era original.

LUISA.—Muy fino no ha sido, la verdad. ¿Se le ha ocurrido a él esta broma?

PABLO.—Sí. Y tiene siempre buen éxito. Claro es que, al final, se aclara todo.

LUISA.—Y ahora llega el momento de la risa.

PABLO.—Sí.

LUISA.—Claro, claro... (Bajo, a Alberto.) ¿Sabes que es un cretino este amigo tuyo?

ALBERTO.—No. ¡Pobrecillo!

PABLO.—(Bajo, a Alberto).—¿Qué ha dicho?

ALBERTO.—¡Que es usted un cretino!

PABLO.—¡Está loca! . ¡Loca!...

LUISA.—Pero siéntense... Quizá yo les he perturbado. ¿Estaban hablando de negocios?

ALBERTO.—No, no...

PABLO.—Se charlaba del más y del menos... De esto y de lo otro .Nada importante. (Suena el teléfono.)

LUISA.—(Acercándose al aparato).—Debe ser Clara.. (Telefoneando.) Diga... Señor Malpieri; sí .. aquí es... (Da el auricular a Alberto.) Te llaman.

ALBERTO.—(Tomando el micrófono).—Diga. ¿Con quién hablo? ¿Con quién? Diga, diga... Perdóneme, pero... ¿Es a mí a quien tiene que decir todo eso? ¿Qué?... ¿Que le han embargado los muebles? ¿Y a mí qué me importa? (Pablo ha seguido la conversación telefónica con visible avidez y tose significativamente.)

ALBERTO.—(Recobrándose).—¡Ah, perdóneme! Ha sido un equívoco. Espere un momento. (A Pablo.) No era para mí. Era a ti a quien te llamaban.

PABLO.—¡Ah, sí! Había dado el número de tu casa, puesto que venía aquí. (Toma el aparato.) Gracias. (Hablando.) Diga... ¡Oh, querido Fachinelli! Dígame...

LUISA.—(Bajo, a Alberto).—Ha tomado nuestra casa por una pensión... Hace que le telefoneen aquí, da nuestro número...

ALBERTO.—Sí... Ya sabes: es un amigo, un viejo amigo...

LUISA.—¡Un mal educado!

PABLO.—(Por teléfono.)—No se preocupe. Deje que lo embargue. Yo arreglaré todo.

LUISA.—(Bajo a Alberto.)—¿Te parece que le ofrezcamos cualquier cosa?

ALBERTO.—¿A quién?

LUISA.—A tu amigo.

ALBERTO.—¡Ah! Sí...; podemos ofrecerle cualquier cosa.

LUISA.—¿Un refresco?

ALBERTO.—¿Un refresco? No... Tal vez sea mejor un vermouth. Sí, un vermouth, con unas gotas de Bitter y un poco de seltz. (LUISA sale por la izquierda.)

PABLO.—(Por teléfono.)—Ya le digo que sí... Piénso en todo. Adiós, adiós. (Cuelga el auricular.) ¿Dónde ha ido?

ALBERTO.—Hacia allá... Hace falta, amigo, que esté usted más desenvuelto, más natural y espontáneo...

PABLO.—¿Cómo?... ¿No lo estoy bastante?

ALBERTO.—No. Está violento, balbucea... La señora sospecha un poco. Es necesario evitar en absoluto que ella se dé cuenta. Después de todo, no es tan difícil.

PABLO.—¿Que no es tan difícil? ¿Ha visto usted la cara que me hace poner esa absurda historia de la broma? Perdóneme, doctor, pero usted podía haber encontrado una razón menos estúpida...

ALBERTO.—¿Qué quiere usted? Me cogió de improviso...

PABLO.—¡Cuidado!... ¡Llega!...

LUISA.—(Entra Luisa, trayendo un batín.) Te he traído tu batín. (A Pablo.) Le permite, ¿verdad?

PABLO.—¡Figúrese!... ¡Y ahora se pone mi batín!

ALBERTO.—(Mirando recelosamente el batín.)—No era necesario...

LUISA.—Sí, porque estropeas todo... (Alberto se quita la chaqueta y se pone el batín.) ¡Si supiese como destroza la ropa mi marido! No le dura un traje más de seis meses. Con esa maldita costumbre de tener las manos siempre en los bolsillos de la chaqueta!... (Pablo, que tenía las manos en los bolsillos de la chaqueta, los saca inmediatamente. Entra ADELA con unas copas y una botella y se asombra al ver a Alberto.)

LUISA.—(Señalando una mesa.)—Ponlo allí. (Cogiendo la chaqueta de Alberto.) Llévala al cuarto del señor...

ALBERTO.—Pero... Mira... ¿No sería mejor esperar...?

LUISA.—¿Esperar...? ¿Por qué...?

ALBERTO.—¿Sabes...? Podría hacerme falta... Tal vez tenga que salir.

LUISA.—¿Salir...? ¿Todavía...? ¡Pero si es casi la hora de comer...! Vete, Adela. (A Pablo.) ¿Un poco de vermouth?

PABLO.—Gracias.

LUISA.—(Sirviendo el vermout, a Pablo.)—Esto es... (A Alberto, que se dispone a servirse también.) Tú, no. Ya sabes que el vermouth te sienta mal.

ALBERTO.—(Deteniéndose.)—¡Me sienta mal!

LUISA.—Sí. Te lo ha prohibido el médico. (Sirviéndose un poco en un vaso.) Yo tomo una gota, sólo por probarlo. (A Pablo, que ha quedado con el vaso en la mano.) Bebe, beba... Sin cumplimientos.

PABLO.—(Perplejo.)—Gracias, muchas gracias. Pero es que... Ahora que me acuerdo... También el médico me lo tiene prohibido.

LUISA.—¿Quiere alguna otra cosa?

PABLO.—No... Gracias; nada.

LUISA.—Lo siento.

ALBERTO.—(Que ha encontrado en un bolsillo de la chaqueta una cajetilla, le ofrece a Pablo.)—¿Un cigarrillo?

PABLO.—Encantado. (Aceptando. Una pausa. Los tres se miran, sin saber qué decirse.)

LUISA.—(A Pablo.)—Perdóneme si antes le recibí poco cortésmente... Es que no pensaba...

PABLO.—¡Oh, por Dios!

LUISA.—Discúlpeme. Es que cuando se presentó con aquella broma, le tomé verdaderamente por un loco.

PABLO.—¿Un loco?

LUISA.—(Riendo.)—A la fuerza... ¡Cómo iba a suponer...! Además, ha llegado en un momento... Tenía yo los nervios de punta.

ALBERTO.—¿A, sí? ¿Por qué?

LUISA.—¿Por qué? (Con ira.) Porque la mala intención estúpida y venenosa me exaspera. ¡Ana María es realmente una víbora!

PABLO.—¡Ah! ¿Ana María?

LUISA.—¿La conoce?

PABLO.—(Dándose cuenta.)—No... Yo no...

LUISA.—(A Alberto.)—Figúrate que me ha telefoneado para hablarme de cosas sin importancia, con ese tono suyo suave, almibarado, que se comprende enseguida que es falso... "¡Querida mía...! Tanto tiempo que no nos vemos...". Y a lo último, ¡zás!, la frase envenenada, el dardo de mala intención: "¿Sabes?—me ha dicho—. Te he visto ayer en tu magnífico coche...". ¿Comprendes...? ¡Así me ha dicho...!

ALBERTO.—Bueno... ¿Y qué hay de malo en ello...?

LUISA.—¿Qué hay de malo...? ¡Mi magnífico coche...! Porque ella tiene un Fiat último modelo, elegantísimo, y nosotros sólo tenemos un cacharro indecente, bueno sólo para venderlo como chatarra...

ALBERTO.—(Recordando.)—¡Ah, el coche...!

LUISA.—¡El coche! Y ella tiene razón. No puedo decir nada... ¡Mejor a pie que en aquel carromato!

ALBERTO.—Pero yo creo que...

LUISA.—No, no... Te ruego... No hablemos de esto, porque, si no, los nervios se me irritarán otra vez. (A Pablo, con indiferencia aparente.) Buen día, verdad?

PABLO.—Magnífico.

LUISA.—¿Y estará mucho en Roma?

PABLO.—Pues..., no sé..., depende...

LUISA.—(A Alberto.)—¿El no conoce nuestro coche?

ALBERTO.—No sé...

LUISA.—Es necesario que lo vea... Es una curiosidad histórica, un objeto venerable de museo... Se podría poner sobre él un cartel, como si se tratase del baño de Napoleón o de las pantuflas de la Pompadour. (Dirigiéndose hacia la ven-

tana.) Venga, venga... Le aseguro que es digno de verse. (Pablo la sigue con disgusto.) Mire allí... Junto a la verja... Aquello que parece un camión... No, no crea que es un camión... ¡Es nuestro magnífico coche! ¿Lo ve?...

PABLO.—Sí... Lo veo...

LUISA.—¿Qué le parece?

PABLO.—¡Bah!... No está mal...

LUISA.—¿Que no está mal? Veo que no entiende usted de coches...

PABLO.—A mí me parece un gran automóvil...

LUISA.—Lo dice por cortesía... ¿Y el color? ¿Ha visto el color? ¿Se puede imaginar un color más tonto? Mire, mire... ¿Qué clase de color es aquél?...

PABLO.—(Excitado.)—Amaranto...

LUISA.—Eso... Amaranto... También él lo llama así... ¿Se ha visto nunca que el amaranto tuviese ese color? Dígame... ¿Usted es casado?

PABLO.—¿Yo?... No... Yo no...

LUISA.—Bien. Si lo fuese; si supiera que su mujer es desgraciada por culpa de un coche tan viejo como ése, ¿qué haría? Dígame, ¿qué haría?

PABLO.—(Vacilando.)—Tomar el tranvía...

LUISA.—¿Ah, sí?... Vaya... Voy a darle un consejo: No se case, ¿sabe?, no se case... Haría a su mujer una desgraciada, como yo lo soy...

ALBERTO.—(Conciliador.)—Bueno, no exageremos...

LUISA.—¡Ah! ¿Exagero? En fin. No es cosa de amargarnos la existencia por tan poco.

ALBERTO.—(Va hacia la ventana.)—Además, nuestro coche es un poco viejo, desde luego; mas, después de todo, esto no es tan importante... (Mira por la ventana y enmudece. Después, en voz baja a Pablo.) ¡Oh, pero si es horrible!...

PABLO.—¿Horrible?

ALBERTO.—¡Lamentable! ¿Cómo se puede tener un coche así?

PABLO.—Marcha divinamente...

LUISA.—¿Qué es?... ¿Qué es?... ¿Qué decíais?

ALBERTO.—Decía, precisamente, que... sí..., en fin..., que no es de los peores...

LUISA.—No, no es de los peores... Pero es necesario llegar a una solución... O él o yo... Si tanto empeño hay en tenerle, me iré...

ALBERTO.—Si yo no tengo ningún interés por el coche...

LUISA.—(Sorprendida.)—¿No?

ALBERTO.—Ningumo; te lo aseguro... Quisiera deshacerme de él...

PABLO.—¿Deshacerte de él?...

LUISA.—¿Estás dispuesto a cambiarlo?

ALBERTO.—¡Sí; claro que sí!... ¡En cuanto tú quieras...!

LUISA.—(Alegremente.)—¡Oh, querido!... ¿Y me comprarás otro?

ALBERTO.—Naturalmente... Si tú lo quieres...

PABLO.—(Abrumado.)—Pero... cómo... cómo...

LUISA.—(Estrechándose contra Alberto.)—¡Oh, querido, querido!... ¡Qué felicidad! Mira: he visto un modelo modernísimo, de dos asientos, de color beige, con la capota blanca.

ALBERTO.—Muy bien; lo compraremos beige.

LUISA.—¿Y amarillo? ¿Qué te parecería amarillo? Un amarilo claro, bonito...

ALBERTO.—Sí, también... Le compraremos amarillo... (Pablo levanta los brazos al cielo, desesperado.)

LUISA.—(A Pablo.)—¿Qué tiene? ¿Qué le pasa?

PABLO.—(Estallando.)—¿Que qué me pasa? ¡Que todo eso es una tontería!

LUISA.—¿Una tontería?...

PABLO.—¡Naturalmente! ¡Es tirar el dinero por la ventana!...

LUISA.—(Agresiva.)—Pero, bueno... ¿Y usted, por qué habla así?...

PABLO.—¿Yo?

LUISA.—Sí, usted... ¿Le habíamos preguntado su opinión? Son cosas nuestras...

PABLO.—¡Se trata de veinticinco o treinta mil liras!

LUISA.—¿Y qué? ¿Lo va a pagar usted? ¡Me hace gracia! ¡Ocúpese de sus cosas! (Bajo, a Alberto.) ¿Sabes que es verdaderamente antipático este amigo tuyo? (Recobrando su tono alegre.) Precisamente, podemos ver... Espera... Tengo el catálogo, con las fotografías, los precios, todo... (Dirigiéndose hacia la mesa de la izquierda.) Lo he puesto en uno de tus cajones. (Empieza a buscar.)

ALBERTO.—(Bajo, a Pablo.)—No se irrite de ese modo... Sonría...

PABLO.—(Irritadísimo.)—¿Cómo voy a sonreír? ¡Tirar así treinta mil liras!...

ALBERTO.—(Seco.)—Señor mío, yo soy un médico. Yo curo a los enfermos, a los que han perdido la razón... Y no puedo ocuparme de estos detalles financieros. Además, ya se lo he dicho: hace falta obedecerla en todo.

PABLO.—Bien. ¡Obedézcámosla! (Aparece en la puerta de la derecha ADELA.)

PABLO.—¿Qué es?

ADELA.—Una señora.

LUISA.—(Sorprendida.)—¿Una señora?

ADELA.—Sí. Una señora y una señorita. Han llegado en un automóvil lleno de maletas...

PABLO.—¿Y quiénes son?

ADELA.—No sé.

PABLO.—(Irritado.)—¿Que no lo sabe? ¡Se pregunta!... ¡Muy bonito!... ¡Llega un coche cargado de maletas y... ¡Por lo menos saber de quiénes se trata...

LUISA.—Pero, bueno... ¿Y a usted que le importa?...

PABLO.—(Dándose cuenta.)—¿A mí?... ¡Nada!... Lo decía así... por ustedes... Si a mi casa llegase un automóvil con maletas, querría saber...

ADELA.—(Mirando por la puerta.)—Ya vienen... (Desde dentro se oye a Clotilde, que dice:)

CLOTILDE.—¿Dónde, dónde está mi pequeña Luisa? (Entra CLOTILDE LAWRENCE, de cincuenta años, exuberante, charladora, con su hija EVELINA, delgada, graciosa, tímida.)

CLOTILDE.—(Dirigiéndose, con los brazos abiertos hacia Luisa.) ¡Oh!... ¡Ven!... ¡Ven!...

LUISA.—(Con alegre sorpresa.) — ¡Oh!... ¡Clotilde!... ¡Tú!... (Se besan y abrazan efusivamente.)

CLOTILDE.—(Estrechándola contra su pecho.) ¡Cada día más bonita, mi pequeña Luisa!... ¡Qué alegría!...

LUISA.—¡Cómo me encanta verte! ¡Qué sorpresa!

ALBERTO. — (Bajo, a Pablo, que mira espantado.) — ¿Quién es?

PABLO.—¿Y quién lo sabe?

CLOTILDE.—(Señalando a Evelina.)—Esta es Evelina, la pequeña... ¿Te acuerdas?

LUISA.—¡Ah, sí! ¡Cómo ha crecido!... La última vez que la vi era una chiquilla... (La abraza y besa.) ¡Y qué guapa se ha puesto!

CLOTILDE.—¿Y dónde, dónde está el revoltoso de tu marido?

LUISA.—(Señalando a Alberto.)—¡Ahí le tienes!

CLOTILDE.—¡Oh, querido! (Le tiende los brazos.) Ven aquí, a mis brazos... (Le abraza.) Soy la tía..., la tía Clotilde...

ALBERTO.—¡Ah, la tía!... ¡Sí, por Dios!... Perdona si no te he reconocido...

CLOTILDE.—¿Reconocerme?... ¿Cómo ibas a reconocerme, querido sobrino?... ¡No nos hemos visto nunca!...

ALBERTO.—(Desorientado.)—¡Ah, ya!... ¡Es verdad! ¡No nos hemos visto nunca!...

CLOTILDE.—¡Tenía tantos deseos!... Pero, ¿qué queréis?: una cosa, otra... Me lo decía siempre; es necesario que vayas a conocer al marido de Luisa... Y después..., ¡qué simpático! Eres como yo te había imaginado. Ven; quiero besarte otra vez... (Lo besa ruidosamente). Tampoco conocías a mi hija Evelina. (A Evelina.) Este es Pablo, el marido de Luisa...

EVELINA.—(Con una reverencia cortés.)—Very happy.

CLOTILDE.—(Severa:)—No; niña. No hables inglés.

EVELINA.—¡Ah! Encantada...

ALBERTO.—(Estrechándole la mano.)—Encantadísimo.

CLOTILDE.—Pero no andéis con cumplimientos. Es tu prima y es tu primo; daos un beso.

ALBERTO.—(Tras una breve vacilación.)—Sí... ¡Démonos un beso. (La abraza y la besa.)

CLOTILDE.—¡Eso es!... ¡Así!... ¡Bravo!... (A Luisa, estrechándola.) ¡Luisa! ¡Mi pequeña Luisa! ¡Qué alegría verte!

ALBERTO.—(Bajo, a Pablo.)—¿Y de dónde viene esta tía?

PABLO.—No sé.

CLOTILDE.—¡Qué contenta estoy al verme entre vosotros! ¡Qué agradable es todo aquí! (A Francisco, que pasa con las maletas.) Tenga cuidado con las maletas...

FRANCISCO.—Descuide, señora.

LUISA.—Llévalas al cuarto del huésped.

CLOTILDE.—Son cuatro maletas, una sombrerera y un plaid... (Contando.) Eso es...; una..., dos..., tres...

ALBERTO.—(Bajo, a Pablo.)—Pero, en fin, ¿es su tía o no es su tía?

PABLO.—Pues..., no sé... Debe ser una tía de Luisa. Tal vez la que vive en Inglaterra, la que escribe...

ALBERTO.—¿Qué escribe?

PABLO.—Cuentos, novelas, argumentos cinematográficos...

CLOTILDE.—¿El viaje?... ¡Ah, el viaje!... ¡Qué encanto! Los Alpes, la Costa Azul, la Torre Inclinada... (Mirando a Pablo. Bajo, a Luisa.) ¿Quién es ese señor?

LUISA.—¡Ah, no te lo he presentado! (Presentando a Pablo.) El señor...; perdone..., no recuerdo su nombre.

ALBERTO.—(Rápido.)—Spinelli.

LUISA.—Un amigo de la infancia de Pablo... La señora Lawrence, mi tía...

PABLO.—Encantado.

CLOTILDE.—Estoy contenta, muy contenta... (Señalando a Evelina.) Esta es mi hija Evelina.

PABLO.—Encantado.

CLOTILDE.—Evelina, di al señor tu impresión sobre Italia...

EVELINA.—¡Ah! (Tímidamente.) Italia... es el jardín... de Europa.

TODOS.—¡Qué mona!

LUISA.—¿Y cómo no nos avisasteis vuestra llegada? Hubiéramos ido a la estación.

CLOTILDE.—Os lo avisé. Puse un telegrama.

LUISA.—¿Un telegrama? (A Alberto.) ¿Ha llegado un telegrama?

ALBERTO.—No sé..., no creo...

CLOTILDE.—Lo puse ayer, en París... (FRANCISCO entra por la izquierda.)

LUISA.—¿Y cómo es posible que no haya llegado?

FRANCISCO.—Sí... Llegó...

LUISA.—¿Que llegó? ¿Y dónde lo has puesto?

FRANCISCO.—Lo entregué al señor.

LUISA.—(A Alberto.)—¿Escuchas? Te lo ha dado a ti.

ALBERTO.—¿A mí?

FRANCISCO.—(A Alberto, señalando a Pablo.)—Sí, se lo entregué a usted...

ALBERTO.—(Mirando a Pablo.)—¡Ah! ¿Oíste? Dice que me lo dió a mí...

PABLO.—Ya... ¡He oído! ¡Pero quién sabe dónde le habrán puesto!...

ALBERTO.—¡Sí!... ¡Quién sabe!...

LUISA.—¿Pero cómo es posible?... ¡Perder un telegrama!... La distracción de siempre de mi marido...

CLOTILDE.—(Suavemente.)—No..., no le riñas; pobre muchacho... Se comprende... Los hombres, tantos negocios...; además, todos tenemos nuestros defectos... Pero tu marido es simpático, aunque se pierda el telegrama. ¡Qué bien supiste escoger marido! Acércate. (A Alberto.) Y tú también, bribón. Es la mujer que te hará feliz. ¡Luisa es una muchacha de oro!... ¡No se encuentra otra como ella!

LUISA.—(Estrechándola las manos.)—¡Oh, tita!

CLOTILDE.—(Sentándose en el diván, entre Luisa y Al-

berto.)—Ven aquí, cerca de mí, sobrino queridísimo. (A Pablo.) Disculpe, pero es que necesito sentirla un poco cerca...

PABLO.—Claro... Sí...

CLOTILDE.—Son como hijos para mí. A Luisa la he visto nacer. Y a él... no le conocía, pero, aunque nadie me lo hubiese señalado, lo hubiese reconocido lo mismo... ¡Es la voz del corazón!

PABLO.—¡Buen oído; sí, señor!

ALBERTO.—¡Oh, tita!

CLOTILDE.—Nunca vi un hogar tan feliz... Se respira, se siente vuestra felicidad... Jóvenes, guapos, enamorados... Como los esposos que yo he descrito en mi última novela, "Luces del alma".

ALBERTO.—¡Ah! ¡Magnífica novela! ¡Estupenda!

CLOTILDE.—(Agradablemente sorprendida.) — ¿La has leído?

ALBERTO.—¿Cómo no?

CLOTILDE.—¿Conoces el inglés, por tanto?

ALBERTO.—No...

CLOTILDE.—¿Entonces, cómo has podido leer mi novela? Aun no está traducida...

ALBERTO.—¿No?... Ya..., ya... Pues es que... verás..., la novela... está tan bien escrita, que, aun sin conocer inglés, se comprende todo perfectamente.

CLOTILDE.—¡Adulador! (A Evelina.) Evelina, pequeña, vete a abrir nuestros equipajes mientras mamá descansa un poco todavía.

EVELINA.—Sí, mamá.

LUISA.—Espera, Evelina, te acompaño. Así enseñaré vuestro cuarto. Puedes, tita, venir luego a arreglarte un poco...

CLOTILDE.—Sí; muy bien. (Luisa sale con EVELINA. Una breve pausa.)

ALBERTO.—(Por animar la conversación.)—¿Y el tío? ¿Cómo está nuestro querido tío?

CLOTILDE.—(Con un suspiro.) — ¿El tío... ¡Ay, hijo mío!... ¡El tío no existe!

ALBERTO.—(Recobrándose.)—¡Ah, ya!... ¡Es verdad! Perdón, no recordaba. Murió... ¡Pobrecito!

CLOTILDE.—¡Muerto!... Derrochando salud...

ALBERTO. — (Desconcertado.) — ¡Ah!... Derrochando... (Mira asustado a Pablo.) Y ¿qué es lo que hace?

CLOTILDE.—¿Qué hace? Hace lo de siempre, el sinvergüenza. ¡Eso es lo que hace!...

ALBERTO.—¡Ah! El sinvergüenza

CLOTILDE.—La palabra te parecerá un poco dura...

ALBERTO.—No... Es expresiva.

CLOTILDE.—¡Un hombre que abandona la casa, la familia, por pasar las noches en los cabarets!.. ¡Pidió el divorcio con la excusa de que yo le hacía la vida imposible leyéndole los manuscritos de mis novelas!... Fíjate que la gente paga cinco chelines por comprar mis novelas. ¡Y yo a él se las leía gratis! ¿Te das cuenta, hijo? Pues ya ves: los imbéciles de los jueces le han dado la razón.

PABLO.—¡Increíble!

CLOTILDE.—Eso es... Verdaderaménte increíble. Pero los ingleses, amigo mío, los ingleses... Como maridos, Dios nos libre de ellos. ¿Sensibilidad? ¿Ternura? Cero... Pero mi hija, no... Antes soltera toda la vida que casada con un inglés. (A Pablo. Haciéndose aún más agradable.) Pero siéntese. (Le hace sitio en el diván, junto a ella.) ¿Por qué está de pie?

PABLO.—(Sentándose.)—Gracias, gracias... Estoy mejor sentado...

CLOTILDE.—Esto es... Le diré, precisamente, que mi Evelina es un espíritu tan delicado, tan sensible.. Buena, sencilla, contenta con todo... Uno de esos temperamentos realmente escogidos...

LUISA.—(Apareciendo en la puerta.)—Tita, si quieres venir a arreglarte un poco..

CLOTILDE. — (Levantándose.)—¡Ah, sí!... Voy, voy... Perdóneme, amigo mío... Le volveré a ver, ¿no es eso?

PABLO.—Sí, sí, claro...

LUISA.—La doncella te acompañará hasta el cuarto y quedará a tu disposición.

CLOTILDE.—Encantada...

LUISA.—En cuanto estés lista iremos a la mesa.

CLOTILDE.—¡Sólo dos minutos! (Sale.)

LUISA.—(Mira un momento, indecisa, a Alberto y Pablo, y luego se acerca a Alberto. En voz baja.) No tendrá la intención de quedarse a comer con nosotros...

ALBERTO.—Me parece que sí.

LUISA.—¡Qué fastidio! ¡Dile que se vaya!...

ALBERTO.—No. Eso no es posible...

LUISA.—(Irritada.)—¡Inoportuno! (A Pablo, con una sonrisa.) Espero que nos hará el honor de quedarse a comer con nosotros.

PABLO.—Muchas gracias. Me quedo encantado...

LUISA.—(Marchándose.)—Permítame un momento. (Al salir dice entre dientes.) ¡Antipático!

PABLO.—(Tras una pausa.)—Y ahora, ¿qué se hace? ¡No nos faltaba más que la tía!

ALBERTO.—Creo que sería oportuno llamar aparte a la buena señora y explicarle todo.

PABLO.—¿Explicarle, qué?

ALBERTO.—Todo. El repentino desequilibrio de su señora... Nuestro..., ¿cómo llamarlo? Nuestro cambio de personalidad. . El desgraciado equívoco...

PABLO.—¡Dios mío! Si la tía llega a saber que mi mujer está loca se lo cuenta a todos. Y escribe una novela. . Y hace un argumento de película... ¡No, Dios mío, no!

ALBERTO.—Entonces, ¿qué es lo que vamos a hacer?.. Yo tengo que marcharme. .

PABLO.—¿Qué?... ¿Marcharse?... ¿Ahora?...

ALBERTO.—No tengo más remedio. He de hacer una escapada a la clínica... Tengo mis enfermos...

PABLO.—No, doctor. Usted no puede abandonarme ahora...

ALBERTO.—Amigo mío, debe usted darse cuenta...

PABLO.—No, doctor... No hablemos de eso... Compréndalo: en la situación en que estamos, si usted se va, ¿qué voy a decir yo?

ALBERTO.—(Vacilante.)—Pero..., no sé...; si pudiéramos encontrar...

PABLO.—¿Una fórmula? No... Las cosas se han enredado de un modo... Se lo ruego, doctor. Entretanto, quédese a comer con nosotros. Lo mismo le da cenar aquí que en otra parte..

ALBERTO.—Es que..., la clínica..

PABLO.—Se avisa, se telefonea...

ALBERTO.—(Tras una brevísima vacilación.)—Bien, me quedaré. Además, que siento la curiosidad de seguir el desarrollo de todo esto...

PABLO.—Se lo agradezco, doctor. Me encanta que comparta nuestra modesta cena.

ALBERTO.—Así como así, tengo esta noche un cierto apetito...

PABLO.—(Súbitamente asaltado por un pensamiento.)—¿Apetito?

ALBERTO.—Sí... Apetito... ¿Por qué?. .

PABLO.—(Violento.)—Porque... es necesario, doctor, que yo le advierta una cosa...

ALBERTO.—¿Qué?

PABLO.—(Dudando.)—Yo..., yo estoy a régimen...

ALBERTO.—Bien.. ¿Y qué?

PABLO.—Pues... ya comprenderá..., usted debe...

ALBERTO. — (Dándose cuenta.) — Sí..., sí ..; comprendo...

PABLO.—¿Sabe usted? Padezco una foruncolosis... ¡Régimen vegetal! No como más que verduras ..

ALBERTO.—(Malhumorado.)—Ya...

PABLO.—Lo siento, doctor...

ALBERTO.—¡Paciencia! Me pondré a régimen...

PABLO.—Y antes de la comida tomo glicerofosfato... Dos cucharaditas en un vaso de agua... Es una botella que hay junto al plato...

ALBERTO.—(Resignado.)—Bien, bien. Tomaré los glicerofosfatos ..

PABLO. — Perdóneme, doctor. (Entra CLOTILDE, con EVELINA.)

CLOTILDE.—Ya estamos. (A Luisa, que entra.) ¿Te hemos hecho esperar?

LUISA.—No, no.. Si queréis ir sentándoos a la mesa...

CLOTILDE.—Vamos. (A Alberto.) Pablo, ven a ofrecer el brazo a tu tía...

ALBERTO.—(Haciéndolo.)—Con verdadero gusto ..

LUISA.—(Saliendo.)—Voy con vosotros.

CLOTILDE.—(Bajo a Alberto, marchándose.)—Es un gran muchacho tu amigo, ¿verdad?

ALBERTO.—Sí, ya lo ves. ¡Un gran muchacho!

CLOTILDE.—Y dime, dime; ¿qué hace?

ALBERTO.—¿Qué hace? Nada...

CLOTILDE.—¿Nada? Entonces debe ser rico...

ALBERTO.—Sí... Millonario...

CLOTILDE.—¡Ah! (Cuando va a trasponer la puerta se vuelve.) Evelina, haz los honores de la casa. Acompaña al señor...

EVELINA.—Sí, mamá... (Se acerca a Pablo, que le ofrece el brazo. Clotilde, contenta, sale del brazo de Alberto.)

CLOTILDE.—Hacen una pareja verdaderamente ideal. No cabe duda. Esto lo arreglo yo.

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior

(En escena. ALBERTO y PABLO fuman sentados sobre dos butacas. Entre los dos, una mesita baja, con las tazas de café y un servicio de licores.)

PABLO.—¿Otra copa?

ALBERTO.—(Llevándose una mano al estómago.) — No sé... Serán los glicerofosfatos, pero tengo un peso aquí...

PABLO.—Lo siento, doctor.

ALBERTO.—¡Ah! Paciencia. En la guerra como en la guerra. (Bebe.) Además, todas aquellas verduras...

PABLO.—Es por la furunculosis...

ALBERTO.—Sí, ya .. Pero todo requiere moderación. Aquella enórme menestra. (Hace un gesto.) ¡Puaf!

PABLO.—A propósito, doctor. ¿Cree usted que podrá sentarme mal?

ALBERTO.—¿Mal?... ¿El qué?...

PABLO.—El biftec que me he comido...

ALBERTO.—No, nada de eso. (Francisco entra, mirando alrededor cautamente. Bajo a Alberto.)

FRANCISCO.—Señor doctor, he podido telefonear a Villa Serena.

ALBERTO.—¿Sí?

FRANCISCO.—He hablado con el doctor Geppini.

ALBERTO.—(A Pablo.)—Es mi ayudante. (A Francisco.) ¿No había novedad?

FRANCISCO.—No. Ninguna. Dice que no hace falta que vaya usted esta noche.

ALBERTO.—Mejor.

FRANCISCO.—¡Ah! Me ha dicho también que hay dos enfermeras preparadas, por si tuviese usted necesidad de ellas.

ALBERTO.—No será necesario. Gracias. (Mutis Francis-

co.) Viendo que no regresaba, Geppini habrá pensado que el caso era muy grave... Y es al revés...

PABLO.—¿No hay peligro de que empeore?

ALBERTO.—No. No creo. Fuera de la epistasis fisonómica, no presenta ninguna alteración. Sólo aquel hilo destrozado.

PABLO.—Ya, el hilo.

ALBERTO.—¿Ha visto? Durante la comida ha estado vivaz, alegre; ha sostenido la conversación con un brío y un espíritu admirables... Realmente, es una señora simpática.

PABLO.—¿Verdad que sí?

ALBERTO.—¡Deliciosa de veras! (Escucha el sonido de un piano.) Toca magníficamente. Es una gran pianista.

PABLO.—(Escuchando absorto.)—Si me das un beso te digo que sí.

ALBERTO.—(Volviéndose sorprendido.)—¿Qué?

PABLO.—Es el título de esta canción. Bonita, ¿eh? (Entra Clotilde por la derecha, con gestos de exaltada admiración.)

CLOTILDE.—¡Esta música!... ¡Qué encanto! ¡Qué maravilla! (Ve que Pablo y Alberto se han levantado.) No, no... Quietos... No se muevan... (Se sienta en el diván.) Una música que ensancha el corazón. Es toda el alma napolitana. El mar... El Vesubio... (Cesa el piano con un acorde final. Entra Luisa, con Evelina. Se sienta sobre el brazo de la butaca de Alberto.)

LUISA.—¿Estás contento? ¡He tocado todo el repertorio que te gusta!

ALBERTO.—Sí, gracias.

LUISA.—Me encanta esta canción última.

CLOTILDE.—Me lo explico. ¡Es tan bonita! Evelina, recuerda el título, para que después podamos comprar el disco...

LUISA.—(A Alberto, viendo los licores.)—¡Oh! ¿No habrás bebido coñac?

ALBERTO.—No, no. Lo ha bebido él.

LUISA.—Ten cuidado. Recuerda lo que sufriste la última vez. (A los otros.) Basta que beba unas gotas de vino o coma un pedazo de carne para que inmediatamente le broten los forúnculos.

PABLO.—(Preocupado.)—¡Dios mío!

CLOTILDE.—¡Pobre muchacho!

LUISA.—(Estrechando con ternura la cabeza de Alberto.) Ya... ¡Pobre muchacho, que cuando le llega ese mal se pone intratable...!

ALBERTO.—(Tratando de apartarla.)—No, Luisa.. Déjame...

LUISA.—¿Por qué?

ALBERTO.—Porque... Porque no está bien...

CLOTILDE.—¿No?... ¡Si es delicioso ver dos esposos que se quieren así... (A Pablo.) Mire, mire usted qué cuadro... Diga la verdad, ¿no es admirable?

PABLO.—¡Oh, sí! .. Encantador...

CLOTILDE.—Pero ¿a qué espera para casarse? Evelina..., ¿por qué estás ahí, como escondida? Ven aquí, cerca de tu madre... (A Pablo.) Créame, no hay como el matrimonio para la felicidad. Pero mire, mire...

PABLO.—(Malhumorado.)—Sí, lo miro..

CLOTILDE.—Confiese que en el fondo, en el fondo se muere de envidia...

PABLO.—(Irónicamente.)—Sí. Por las satisfacciones que el matrimonio da..

LUISA.—No hable mal del matrimonio. Ante todo, ¿qué sabe usted de él?

CLOTILDE.—Eso, ¿qué sabe usted?

LUISA.—Escoja mujer, y después hablaremos.

CLOTILDE.—Tiene razón Luisa. Cásese. Crea usted, amigo mío, que la vida del soltero es en verdad triste. Siempre solo, sin una casa, sin afectos...

PABLO.—¿Y la libertad, la libertad? ¿Dónde me la dejan?

CLOTILDE.—¿Sabéis que vuestra casa es encantadora? Este saloncito es simpatiquísimo. Lo que yo haría con él es abrir en aquella pared una gran chimenea...

LUISA.—(Con entusiasmo.) — ¡Admirable! (A Alberto.) ¿Lo hacemos? Mi sueño fué siempre tener una hermosa chimenea, con una enorme lumbre crepitante para las noches de invierno, cuando llueve y hace frío en la calle y gusta sentirse al amor del fuego...

ALBERTO.—¡Ya lo creo!... Es una idea inmejorable..

LUISA.—Se hace en un momento. Se tira aquel muro...

PABLO.—(Espantado.) — ¡Qué ocurrencia, la chimenea! ¡Con lo cómoda que es la calefacción!...

LUISA.—¡Cómo se ve que no tiene un alma de poeta!...

CLOTILDE.—¿Sabéis otra cosa que podríais hacer? Unir este saloncito con el comedor, y hacer así un gran salón corrido..

EVELINA.—Se echa abajo aquel muro...

PABLO. — (Desesperado.) — ¡Sí!... ¡Otra idea magnífica!... Se tira aquel muro, se echa abajo aquel otro..

CLOTILDE.—(Repentinamente, con un grito de estupor.) ¡Oh! ¡Qué hermoso!

LUISA.—¿Qué es?

CLOTILDE.—(Acercándose a la ventana.) — ¡Magnífico! (A Alberto.) Mira, mira qué bello... ¡La luna!...

LUISA.—¿Por qué? ¿No hay luna en Inglaterra?

CLOTILDE.—Sí, creo que sí... Pero no se ve nunca. ¡Oh! ¡Estupendo! ¡Qué pena que esté oculta entre los árboles!

LUISA.—Se puede bajar al jardín...

CLOTILDE.—(Con una idea repentina.)—Evelina, pequeña mía: apuesto cualquier cosa a que tú querrías ver la luna...

EVELINA.—Sí, mamá.

CLOTILDE.—(A Pablo.) — Señor Spinelli, ¿quiere usted acompañar a ver la luna a mi pequeña Evelina?

PABLO.—Sí, ya lo creo...

LUISA.—Puede bajar al jardín por aquí...

PABLO.—(Enfadadísimo.) — Gracias. Conozco el camino. (A Evelina.) ¡Vamos a ver la luna!

CLOTILDE.—Vete, pequeña: vete con el señor... (Evelina y Pablo salen. Clotilde les sigue con una tierna mirada. De pronto.) ¿No será una imprudencia? Así..., solos..., de noche..., en el jardín...

LUISA.—Si quieres que vaya también yo...

CLOTILDE. — Encantada... No me atrevía a pedírtelo. Que se crean solos, pero observarles a distancia...

LUISA.—(Marchando.)—Sí, sí... No pases cuidado...

CLOTILDE.—(Apenas se queda sola con Alberto, se sienta cerca de él y le habla con tono misterioso.)—Pablo, tu amigo está enamorado.

ALBERTO.—¿De quién?

CLOTILDE.—De mi pequeña Evelina.

ALBERTO.—(Sobresaltado.)—¿Qué?

CLOTILDE.—¡Te lo aseguro! ¡Enamorado!... Yo no me equivoco, ¿sabes? Estoy acostumbrada a profundizar en las almas... Además, se ve enseguida. ¿No te has fijado en lo inquieto y desasosegado que estaba?

ALBERTO.—Tendrá alguna preocupación.

CLOTILDE.—No. Te digo que está enamorado... Durante la comida, ¿lo viste?, no dirigió la palabra a Evelina...

ALBERTO.—¿Pero eso...?

CLOTILDE.—Eso te prueba que estaba azorado, intimidado... Sí, sobrino... ¡Yo no me engaño! ¡Se ha enamorado ardientemente!

ALBERTO.—¡Ardientemente!... ¡Pero si la conoce hace dos horas!...

CLOTILDE.—A pesar de todo.. Y también Evelina se ha enamorado...

ALBERTO.—¿También ella?

CLOTILDE.—Sí. Me ha bastado mirarla. Leo en sus ojos sus sentimientos. ¡Pobrecita mía! Necesito ahora tu consejo. ¿Qué piensas sobre ello?

ALBERTO.—(Perplejo.)—¿Qué pienso? Pienso que es terrible.

CLOTILDE.—¿Terrible?

ALBERTO.—Sí. Terrible la rapidez con que... Pero... no habrás pensado en un matrimonio. .

CLOTILDE.—¡Claro que sí! ¿Por qué no? ¿No es tal vez un buen muchacho...?

ALBERTO.—(Embarazosamente.)—Sí, sí; excelentísimo... Pero no creo que tenga intenciones de...

CLOTILDE.—¿Qué?... ¿No quiere casarse?

ALBERTO.—Eso es, justamente... No quiere casarse...

CLOTILDE.—Y ¿qué va a hacer entonces? ¿El parásito?

ALBERTO.—¿Parásito?

CLOTILDE.—Porque para mí el soltero es un parásito, un ser inútil, un peso muerto...

ALBERTO.—¿Peso muerto?

CLOTILDE.—Desde luego... ¡Un peso muerto! Sobre esto tengo ideas radicales. ¡Yo suprimiría a todos los solteros!

ALBERTO.—¡Pobrecitos!

CLOTILDE.—Y haría obligatorio el matrimonio antes de los veinticinco años.. Como la vacuna.

ALBERTO.—Sería un procedimiento excesivo...

CLOTILDE.—¿No tengo razón? Dime para qué sirve un soltero, qué significa en la economía de la sociedad...

ALBERTO.—¡Hombre!.. Sirve..., sirve...

CLOTILDE.—¡Para nada!.. Es inútil para sí mismo y para los demás... ¿Y crees que es feliz?... ¡Por favor!... El marido más desgraciado es siempre más feliz que un soltero. El ejemplo lo tienes bien cerca: tú y tu amigo. Compara tu vida con la suya. Tú tienes una casa bonita, una mujer que te quiere .. ¡La felicidad!...

ALBERTO.—(Pensativo.)—Sí... La felicidad...

CLOTILDE.—¿Y él? Probablemente, una vida gris, unos amores alquilados, una mesa en el restaurante y, por la noche, el regreso a una casa vacía, donde nadie le espera...

ALBERTO.—Es verdad. . (Entran Pablo, Luisa y Evelina.)

PABLO.—Se ha marchado.

CLOTILDE.—¿Quién?

PABLO.—La luna.

LUISA.—Cuando yo iba a salir, ellos entraban.

CLOTILDE.—¿Qué bonito espectáculo, verdad?

EVELINA.—Sí, mamá.

CLOTILDE.—Pero yo charlo y charlo sin pensar que mañana hay que levantarse pronto. ¿Qué hora es?

PABLO.—Las doce menos cuarto.

CLOTILDE.—¡Qué tarde! Mañana, a las ocho, debíamos ir a ver la antigua Vía Appia.

LUISA.—Siento, tía, no poder acompañarte . .

CLOTILDE. — No te preocupes. (A Pablo, intencionadamente.) ¿No es una buena idea ir mañana a ver la antigua Vía Appia?

PABLO.—Excelente, ya lo creo.

CLOTILDE.—Entonces, ahora a dormir. . .

LUISA.—Buenas noches, tía.

CLOTILDE.—Buenas noches. (La besa)

PABLO.—(A Evelina.)—Buenas noches, señorita.

EVELINA.—Good night. . .

CLOTILDE. — (A Pablo.) — Buenas noches, mi joven amigo. . .

PABLO.—Buenas noches, señora.

CLOTILDE.—Nosotras, mañana, a las ocho, saldremos a ver la Vía Appia.

PABLO.—Comprendo.

CLOTILDE.—Evelina, sube al cuarto. Te alcanzo en seguida.

EVELINA.—Sí, mamá.

CLOTILDE.—Quiero decir aún dos palabras a ese bribón de mi sobrino.

ALBERTO.—¿A mí?

CLOTILDE.—Sí, a ti. . Ven. . . Acompaña a tu tía. . .

ALBERTO.—Encantado. (Salen. Una pausa. Pablo mira con temor a Luisa, que se ha echado sobre una butaca y lo contempla sonriendo.)

PABLO.—¿Por qué sonríe, señora?

LUISA.—Nada. ¡Una idea divertida!

PABLO.—¿Qué idea?

LUISA.—No se la puedo decir. ¡No sería divertida para usted!

PABLO.—(Dolido.)—Perdone, señora; pero, ¿se puede saber qué mal le he hecho yo? ¡Tiene un modo de tratarme! Viéndome se le ocurre una idea divertida. Se ríe en mi propia cara. ¿Es que tan antipático le soy?

LUISA.—¡Bah! ¿Cómo dice eso?

PABLO.—Háblenme... Hay en usted como una aversión hacia mí. Parece como si yo irritase sus nervios...

LUISA.—Pues bien; si quiere que verdaderamente le sea sincera...

PABLO.—Adelante... Eso es... Dígamelo...

LUISA.—¿Me promete no ofenderse?

PABLO.—Claro que no... Hable, hable...

LUISA.—Pues.. que en la simpatía no se manda...

PABLO.—Ya... ¿Le soy verdaderamente antipático?

LUISA.—(Accionando maliciosamente con la cabeza.)—¡Sí!

PABLO.—Muy bien... ¡Muy bien!... ¿Y la razón de esta antipatía?...

LUISA.—Ninguna razón. Ha nacido así, porque sí... Desde el primer momento que lo vi.

PABLO.—Como un ramalazo de locura...

LUISA.—Eso es... Así, verdaderamente... Un ramalazo de locura... Como dos que se enamoran .. Claro que al revés... Ya me comprende...

PABLO.—Muy bien, muy bien...

LUISA.—Pero quedamos amigos lo mismo, ¿verdad?

PABLO.—Claro. ¡Grandes amigos!

LUISA.—¿Sabe qué quiero hacer? ¡Quiero buscarle novia!

PABLO.—Gracias, no se moleste.

LUISA.—Una mujereita joven, rica, rubia... ¿Le va bien que sea rubia? Me parece que a usted le gustan las rubias.

PABLO.—¿A mí? ¿Y por qué tiene usted esa creencia?

LUISA.—Sí, eso es; rubia... Pero una muchacha enérgica... ¡Que le haga andar derecho!

PABLO.—No comprendo, verdaderamente..

LUISA.—Porque tengo la impresión de que usted es uno de esos hombres a los que hace falta vigilar mucho... ¡Ah, si fuese usted mi marido!...

PABLO.—¿Si fuese su marido? (Resuelto.) Pues bien, señora; imaginémoslo... ¿Qué haría si fuese su marido?

LUISA.—¿Qué haría? (Lo mira un instante y ríe.) ¡Tampoco esto se lo puedo decir! (Viendo entrar a Alberto.) Y ahora, yo también me voy a dormir... (Le tiende la mano.)

Le dejo con mi marido. Buenas noches. (A Alberto.) Buenas noches, querido.

PABLO.—Buenas noches.

ALBERTO.—Buenas noches. (Luisa sale. Tras una pausa breve.) Ocurre una complicación seria...

PABLO.—¿Qué complicación?

ALBERTO.—Su tía quiere buscarle novia.

PABLO.—¿También ella?

ALBERTO.—¿Cómo también ella?

PABLO.—Es una manía esta de querer darme mujer. ¡También Luisa quiere casarme! Vamos bien con todo esto...

ALBERTO.—Ya le dije que sería mejor advertir a su tía...

PABLO.—¡No!...Sería una desdicha... ¿Cree usted, doctor, que durará mucho este desequilibrio de mi esposa?

ALBERTO.—¿Quién lo sabe? Tengo muchas esperanzas en el reposo de la noche...

PABLO.—¿Por qué?... ¿Usted cree?...

ALBERTO.—No puedo garantizarle nada... Pero el sueño es como una muerte breve, como un alejamiento, una suspensión del trabajo psíquico...

PABLO.—Entonces, el hilo se vuelve a unir...

ALBERTO.—No. Se sueltan todos los hilos. Es como si en la central telefónica fuesen de golpe interrumpidas todas las comunicaciones. Al despertar, los hilos se juntan de nuevo, y entonces puede ocurrir que el hilo que se había superpuesto a otro recobre su conexión normal. .

PABLO.—Sí, sí...

ALBERTO.—Por eso convendría que mañana la enferma se despertase de pronto y viera inmediatamente ante ella a usted, de modo que la sensación visual provocase una inmediata reacción psíquica... Sí, haremos este experimento... Vendré muy pronto...,, a las seis y media, a las siete...

PABLO.—¿Qué? ¿Quiere marcharse?...

ALBERTO.—Claro... Son las doce y media...

PABLO.—¡Por caridad, doctor!. . ¡Usted no puede abandonarme en esta situación!

ALBERTO.—Amigo mío, no pretenderá usted...

PABLO.—No. Yo no pretendo nada. ¡Yo ruego! Al menos por esta noche. . . Si vamos a hacer ese experimento, en vez de volver mañana puede quedarse aquí...

ALBERTO.—Pero ¿cómo es posible?. .

PABLO.—¡Sí, ya lo creo!... ¿Qué le importa dormir aquí o en otro sitio?... Se telefonea a su casa y en paz... ¿Le espera alguien?

ALBERTO.—No. Nadie.

PABLO.—¿Entonces?... Hacemos eso... Ya he dado orden para que le preparen mi cuarto...

ALBERTO.—(Indeciso.)—Pero...

PABLO.—Ya está. ¡Gracias, doctor, gracias! No me quedo tranquilo si usted no está aquí... (A Francisco, que entra.) ¿Está ya preparado?

FRANCISCO.—Sí, señor.

PABLO.—Divinamente. (A Alberto.) Si desea leer un poco hasta que venga el sueño.

ALBERTO.—No... Tomaré algunas notas sobre mis observaciones... Buenas noches.

PABLO. — Buenas noches, doctor. (Alberto se va por el fondo. A Francisco.) ¡Bravo! Prepárame la almohada y las mantas.

FRANCISCO.—¿Quiere que traiga un colchón?

PABLO. — No. No importa. Para dormir no hace falta tanto.

FRANCISCO.—(Preparando la almohada.)—¿Está mejor la señora?

PABLO.—Lo mismo. Creo que esta noche, durante el sueño... El doctor está seguro de que mañana habrá pasado todo...

FRANCISCO.—¡Dios lo quiera!

PABLO.—Acuérdate de llamarme a las siete. Y no hagáis ruido, para no despertarla. Hemos de hacer un experimento. Ya... (Para sí.) No comprendo por qué no ha querido hacerlo esta noche. Entraré de puntillas... Encenderé la luz... ¡Luisa!... Ella abre los ojos... ¡Oh, Pablo! Y todo se habrá acabado...

FRANCISCO.—¿No manda algo más el señor?

PABLO.—No. Puedes marcharte...

FRANCISCO.—Buenas noches, señor.

PABLO.—¡Buenas noches! (Cuando Francisco va a salir.) ¡Ah! Tráeme una taza de manzanilla caliente. Si no, no cojo bien el sueño...

FRANCISCO.—Sí, señor.

(Francisco sale. Pablo queda absorto en medio de la estancia, mirando hacia la puerta del cuarto de Luisa. Se tiende sobre el diván, pero de pronto se levanta y, como obedeciendo a un súbito impulso, se dirige hacia la puerta de la izquierda. Vacila un instante con las manos sobre el picaporte; después se decide. Abre con cuidado y entra. Tras un

rato se oye un grito agudísimo de mujer, y Luisa, transfigurada, temblorosa, irrumpe en la escena.)

LUISA.—(Atravesando la escena.) — ¡Bandido! .. ¡Bandido! (Golpea fuertemente la puerta del fondo.) ¡Pablo! ¡Pablo! ¡Abreme! ¡Pablo!...

ALBERTO.—(Aparece en el umbral.)—¿Qué es?... ¿Qué pasa?

LUISA.—(Refugiándose en él y mirando hacia la puerta de la derecha.) En mi cuarto... Ese amigo tuyo... ¡Es un bruto! ¡Ha entrado en mi cuarto!

ALBERTO.—¿Qué?...

LUISA.—Sí... En mi cuarto... He abierto los ojos y lo he visto junto a la cama. . (Señalando a Pablo, que aparece en la puerta de la izquierda, humildemente.) ¡Mírale! ¡Sátiro! ¡Bandido! ¡Desalmado!... (A Alberto.) ¿Te das cuenta?... Pablo... Ha entrado en mi cuarto... en mi cuarto. .

ALBERTO.—(Sin saber qué hacer.)—Sí, sí... Comprendo... Pero ya sabes..., es un bromista...

LUISA.—(Saltando.) — ¿Un bromista?... ¿Qué dices?... Un hombre entra en la alcoba de tu mujer, y tú..., tranquilo y sonriente...

ALBERTO.—No. ¡Yo no sonrío! ¡Estoy enfurecidísimo!...

LUISA.—¿Y no le matas?. . Un hombre entra en la alcoba de tu mujer, ¿y no le matas?

ALBERTO.—(A Pablo.)—¡Claro que sí!... ¡Tiene razón!... Debo matarte. ¿Qué modos son éstos?... ¿Cómo te atreves a entrar en la alcoba de mi mujer?

PABLO.—Yo quería...

ALBERTO.—¡Nada!... ¡Eso no se hace! ¡Sátiro!

LUISA.—¡Echalo a la calle, échalo...! ¡Que no vuelva a poner los pies en esta casa!

ALBERTO.—(Perplejo.)—¿Echarlo?...

LUISA.—¡Fuera, fuera de aquí!...

ALBERTO.—¡Sí, tiene razón!... ¡Fuera!...

PABLO.—¡Un poco de paciencia! ¡Dejad que me explique!

LUISA.—¡Nada..., nada!... ¡Tiene todavía el valor de hablar! ¡Es una vergüenza!

ALBERTO.—¡Claro! ¡Una vergüenza!

LUISA.—Váyase... Fuera de aquí...

ALBERTO.—(Bajo, empujando a Pablo.)—¡Sí!... ¡Váyase!... (Fuerte.) ¡Vete, vete!... (Bajo.) ¿Pero qué idea le ha dado?

PABLO.—(Bajo.)—Quería probar... el experimento..

ALBERTO.—El experimento... (Fuerte.) ¡Vete..., vete!... (Lo empuja fuera de escena. Luisa espera tremante de ira. Alberto vuelve.) ¡Ya está echado!

LUISA.—(Con desprecio.)—¡Es lo menos que podías hacer!

ALBERTO.—¡Además, las cosas que le he dicho?...

LUISA.—(Burlona.)—¡Ah!, ¿sí?...

ALBERTO.—Sí. Y le he dado cuatro bofetadas...

LUISA.—¿Y te parece bastante? ¡Le debiste matar!...

ALBERTO.—Bueno... No se puede tampoco exagerar...

LUISA.—¿Exagerar?

ALBERTO.—Claro... Antes de nada, hay que ver por qué ha entrado en tu alcoba... Tal vez ha sido una equivocación. Tal vez había olvidado cualquier cosa... El sombrero... No conoce bien la casa..., la oscuridad... Una equivocación de cuarto...

LUISA.—¿Una equivocación de cuarto?... Me ha cogido por un brazo, ha dado la luz y me ha gritado: "¡Luisa!..." ¡Bonito modo de buscar el sombrero...!

ALBERTO.—(Desconcertado.)—¡Ah!, ¿sí?

LUISA.—Y me miraba con una sonrisa tonta, diciéndome: "Soy yo..., soy yo..." Corrí hacia ti... Pensaba que estallaría una tragedia, y en vez de eso, ya ves... ¡Es un bromista! ¡Buscaba el sombrero!...

ALBERTO.—Yo...

LUISA.—No, no digas nada... ¡Ah, si pienso cómo eras antes, cuando me querías verdaderamente...! ¡Celoso como un Otelo!...

ALBERTO.—Bien... Se comprende... ¡Estábamos en los primeros tiempos!...

LUISA.—¿Y qué significa eso?

ALBERTO.—Compréndelo, mujer... Se teme, se desconfía, como el que se ha apoderado de un tesoro y tiene miedo de perderlo...

LUISA.—¿Y ahora no te importa perderlo?

ALBERTO.—No. ¡Ahora estoy seguro de que no le puedo perder!...

LUISA.—¿Seguro?

ALBERTO.—Sí... Por lo menos eso creo...

LUISA.—¡Ah! (Ríe para sí.)

ALBERTO.—¿Por qué te ríes?

LUISA.—Nada... Una cosa que se me ocurre... Dame un cigarrillo.

ALBERTO.—Toma. (Dándoselo. Hace ademán de ir a encendérselo.)

LUISA.—Deja. Encenderé en el tuyo. (Se le acerca, le apoya la mano sobre la espalda y alarga la cara hacia él para encender el cigarrillo en el que tiene entre los labios.)

ALBERTO.—(Con desazón.)—¿No crees que sería mejor que te volvieses a dormir?

LUISA.—¿Dormir?... ¿Quién tiene ganas de dormir ahora? ¡Se ha pasado el sueño!

ALBERTO.—Pero es tarde... Casi la una y media.

LUISA.—No importa... Quedemos un poco aquí... ¿Te molesta?

ALBERTO.—No, no... Lo contrario...

LUISA.—¡Pensar que tu amigo daría quién sabe qué por estar en tu lugar!

ALBERTO.—Sí...

LUISA.—En cambio, tú tienes una gran prisa por mandarme a dormir.

ALBERTO.—No... Imagínate... Lo decía así porque...

LUISA—...porque eres mi marido...

ALBERTO.—Sí... Porque soy tu marido...

LUISA.—(Tras una pausa.)—Pero es extraño que una mujer y un marido no tengan nada que decirse...

ALBERTO.—¿Cómo?... ¿Nada que decirse?...

LUISA.—Sí... Las frases usuales, las preguntas sobre la casa... Pero nunca un momento de conversación..., así..., por el placer de hablar, de decirse cosas bonitas e íntimas...

ALBERTO.—¿Nunca?

LUISA.—En la comedia, en el teatro se ve que los maridos y las mujeres hablan, por ejemplo, durante media hora... Pero en la vida... ¡nunca ocurre así!... Si están juntos cinco minutos, ella trabaja y él lee el periódico...

ALBERTO.—Sí... Es verdad... ¡Es deplorable!

LUISA.—¿Deplorable?

ALBERTO.—Claro que sí... ¿Pero cómo se puede leer el periódico cuando se tiene la suerte de tener una compañera agradable, simpática, inteligente?...

LUISA.—Eso creo yo...

ALBERTO.—Por ejemplo, yo robaría el mayor número posible de horas a mi trabajo para poder estar cerca de ella... Confesarle todos mis pensamientos, aun los más recónditos...

LUISA.—(Un poco absorta.)—¡Qué bonito sería todo eso!... ¡Vivir como dos amantes!...

ALBERTO.—Sí..., así..., como dos amantes...

LUISA.—(Soñando.)—¡Como dos amantes!... (Recobrándose.) Pero entonces... Entonces, ¿por qué no lo haces?

ALBERTO.—(Violento.)—¿Por qué?... Porque... porque...

LUISA.—(Con una sonrisa.)—...porque eres mi marido...

ALBERTO.—Sí.. Soy tu marido. (Un silencio.)

LUISA.—(Acariciando a Alberto.)—Sería bonito quedarse ahora un poco aquí. Hablar, fantasear... (Le pasa un brazo por la espalda.) ¡Tendrás tantas cosas que decirme! ¿Por qué no me las dices?

ALBERTO.—(Turbadísimo.)—Sí, sí... ¡Tantas cosas!... (De pronto.) ¡Chiss!...

LUISA.—¿Qué es?

ALBERTO.—Pasos en el jardín... ¿Oyes?...

LUISA.—No oigo nada.

ALBERTO.—Sin embargo... Será mejor que mire... (Da unos pasos.) He sentido crujir la arena. (Mira por la ventana.) No, no es nadie...

LUISA.—¿No habrá peligro de que vuelva tu amigo?

ALBERTO.—¡No...! ¿Cómo quieres que vuelva? No se atreverá más...

LUISA.—¿Dónde habrá ido?

ALBERTO.—No sé. Habrá ido a su casa.

LUISA.—Cada vez que lo pienso... ¿Qué idea le asaltaría la cabeza? Dime si no es loco lo que hizo... ¡Se ve que he ejercido sobre él una fascinación irresistible!

ALBERTO.—Sí... Puede ser...

LUISA.—¡Un verdadero maleficio!

ALBERTO.—Se explica... Tú eres tan encantadora...

LUISA.—Sí... Pero lo corto en cuanto quiero.

ALBERTO.—(Mirándola un poco turbado.)—¿Eh?...

LUISA.—(Tras una pausa.)—Dime, ¿tú crees que un hombre puede enamorarse así, de improviso?

ALBERTO.—Sí...

LUISA.—Pero ¿cómo?... ¿Con un verdadero amor?...

ALBERTO.—Con un verdadero amor

LUISA.—No... No es posible... Así, en un momento...

ALBERTO.—No importa... Sí..., porque verás... La mujer que encontramos en la vida, en los teatros, en los salones, tiene un no sé qué de convencional, que nos la hace extraña... No sé..., será el vestido, el modo de hablar, el gesto... Es como una máscara que se parece a otra, y a otra... En cambio, cuando estamos en su casa, en su ambiente, se transforman, se hacen más sencillas, más... verdaderas..., revelan cuánto hay en ellas de interesante y de bello, esparcen en torno suyo como una honda sensación de intimidad y de ternura... Y entonces parece como si se las conociera desde mucho tiempo, como si se las hubiera amado siempre...

LUISA.—(Extática.)—¿Sí?...

ALBERTO.—La mujer no lo sabe. Y el que vive siempre cerca de ella, tal vez no se da cuenta... En cambio, quien llega de fuera... Es como un caminante aterido de frío que se refugia en una casa abrigada, cálida... Es una sensación de paz, una emoción tan dulce.

LUISA.—¡Pobre!

ALBERTO.—Porque, además, hay que pensar en lo triste que es la vida de un hombre solo... Una vida gris, amores alquilados, una mesa en el restaurante y una casa vacía en la que nadie le espera.

LUISA.—Cierto, cierto...

ALBERTO.—¿Y para qué sirve?... ¿Para quién trabaja?... ¿Qué objeto tiene en la vida? Ninguno; es un ser inútil, un...

LUISA.—Pero...

ALBERTO.—Nada, nada... ¡Haría falta suprimir a todos los hombres solos! Y hacer el matrimonio obligado antes de los veinticinco años, como la vacuna... Sí... Porque un hombre solo no piensa... Pasa el tiempo entretanto, y un día se encuentra con que todos tienen un sitio, con que todos son felices, y él no... El ha quedado fuera.

LUISA.—No obstante...

ALBERTO.—Y entonces se comprende que surja en él un espíritu de rebeldía... ¿Pero cómo? ¿Por qué él sí y yo no? ¿Qué méritos tiene él más que yo? ¿Es más guapo quizás?... ¿Tal vez más inteligente?

LUISA.—¿Quién?

ALBERTO.—¡El marido! ¡Este es su único mérito! ¡Ser el marido! ¡Haberla visto antes y haberse apoderado de ella! Otros muchos podrían haberse casado también con ella y hasta la habrían hecho más feliz... Pero él tuvo la suerte de ser el primero. ¡Ese es su mérito!

LUISA.—Pero, ¿cómo? ¿Se puede saber de quién hablas?

ALBERTO.—(Recobrándose.)—¿De quién?... De ninguno... Hablaba en términos generales...

LUISA.—(Con ternura, abandonándose contra él.)—Dime la verdad... ¿Estás contento de ser tú el marido?

ALBERTO.—¡Imagínate...!

LUISA.—¿Estás contento de haber sido el primero en encontrar a tu mujercita?

ALBERTO.—¡Naturalmente;

LUISA.—¿Y sufrirías si otro te la quitase?

ALBERTO.—Claro que sí.

LUISA.—No tengas miedo. No hay peligro. En esto soy intransigente.

ALBERTO.—(Sin convicción.)—Sí...

LUISA.—Se comprende que en la vida puede llegar un momento de tentación, de extravío... Pero hay que saber resistir a toda costa...

ALBERTO.—Sí...

LUISA.—Porque mira..., estoy segura de que si yo te hiciese el agravio más pequeño tú no me podrías perdonar...

ALBERTO.—¡Qué cosas dices!

LUISA.—Sí... No querrías verme más, me arrojarías de tu lado... Tal vez me matases.

ALBERTO.—¡No!... No exageremos... ¡Por una vez!

LUISA.—¿Cómo? ¿Quieres decir que si yo...?

ALBERTO.—No... No digo eso... Pero hay circunstancias en la vida en que una mujer, la pobre...

LUISA.—Tú dices eso porque sabes que no hay tal peligro...

ALBERTO.—Claro; no hay tal peligro...

LUISA.—Y ahora..., me voy a acostar porque mañana he de levantarme pronto. Buenas noches, Pablo.

ALBERTO.—Buenas noches.

LUISA.—¿No te acuestas tú?

ALBERTO.—No. Me quedo todavía un poco a fumar un cigarrillo...

LUISA.—Pablo... ¿Te acuerdas aquella vez en Viareggio?

ALBERTO.—Sí...

LUISA.—Yo recuerdo todo, ¿sabes? ¡Como si hubiese sido ayer! (Estrechándose aún más contra él.) Pablo... Cierra los ojos...

ALBERTO.—¿Por qué?

LUISA.—Tú cierra los ojos te digo...

ALBERTO.—(Cerrando los ojos.)—Ya está...

LUISA.—Pablo... Pablo... Estamos en Viareggio...

ALBERTO.—¿Pero no estamos en Roma?

LUISA.—(Sumisamente.)—No... Te aseguro que estamos en Viareggio... ¿Oyes?

ALBERTO.—¿Qué?

LUISA.—El rumor del mar.

ALBERTO.—¿Pero que mar?... Es la tía que duerme...

LUISA.—¿Recuerdas? Era la luna... Primero, vimos sus rayos desde la ventana...

ALBERTO.—Sí, sí... Contemplemos ahora también sus rayos.

LUISA.—No, desde aquí no se ve... No deja el pinar.

ALBERTO.—¡Ah, el pinar!

LUISA.—(Dirigiéndose hacia su alcoba.)—Desde allí sí se ven sus rayos.

ALBERTO.—(Con un hilo de voz.)—¿Desde allí?...

LUISA.—(Ya en la puerta, con una sonrisa.)—Sí... Desde allí... (Sale por la izquierda. Alberto queda absorto, fija la mirada en la puerta por donde ella se ha marchado. Aparece Pablo en el arco de la derecha.)

PABLO.—Chiss... Chis...

ALBERTO.—(Volviéndose vivamente.) — ¿Quién es?... ¡Ah, es usted!...

PABLO.—¿Cómo está?

ALBERTO.—Grave, grave. (Se oye de pronto la voz de Luisa.)

LUISA.—(Desde dentro.)— ¡Pablo! (Alberto y Pablo se miran sorprendidos.)

PABLO.—¿Ha llamado?

ALBERTO.—Sí... Me parece que sí...

PABLO.—¿Pero a quién ha llamado? ¿A usted o a mí?

ALBERTO.—No sé... Ha llamado a Pablo...

PABLO.—¿Y qué es lo que quiere?...

ALBERTO.—(Violento.)— No sé... Hay que obedecer, ya lo sabe .

LUISA.—(Desde dentro.)—¡Pablo¡

ALBERTO.—¿Escucha?

PABLO.—Sí . Escucho... ¿Y qué se puede hacer?

ALBERTO.—¡Ah, no sé!...

PABLO.—¿Cómo no lo sabe? ¿Es médico o no es médico?

ALBERTO.—Sí, soy médico... ¡Pero este caso es nuevo!... La ciencia no cuenta con recursos..

PABLO.—¿Sabe lo que voy a hacer? ¡Entrar yo!

ALBERTO.—¡Por Dios!

PABLO.—¿No me ha dicho que hay que obedecerla? .

ALBERTO.—Sí. ¿Pero se da cuenta de lo que va a hacer? Le acogerá como antes...

PABLO.—Tal vez ahora no me reconozca... En la oscuridad...

ALBERTO.—¿Y si le echa?

PABLO.—¡Paciencia! ¡Me marcho!

ALBERTO.—Y yo, ¿qué hago? Los amigos entrando así en la alcoba de mi mujer .

PABLO.—¡Pero si no es su mujer! .

ALBERTO.—Claro, claro... Pero siempre es una cosa que disgusta...

LUISA.—(Desde dentro.)—¡Pablo!

PABLO.—Escuche... Ocurra lo que ocurra, yo voy...

ALBERTO.—Bien. ¡Vaya!... ¡No quiere usted escuchar la palabra de la ciencia! ¡Usted quiere hacer lo que le da la gana! ¡Peor para usted!... La señora le reconocerá, le arrojará de la alcoba... Yo tendré que emprenderla a bofetadas con usted... Y nos romperemos la cabeza...

PABLO.—(Dirigiéndose resueltamente hacia la puerta de la izquierda.)—Bien... ¡Nos romperemos la cabeza!... Pero yo entro. (Abre con cautela la puerta y entra. Alberto levanta los brazos al cielo, y con gestos expresa la resignada espera del grito de Luisa, cuando reconozca a Pablo y dé el inevitable estallido su furor. Pero está todo en silencio. Viendo que la quietud se prolonga, Alberto se sorprende primero, y luego empieza a mostrarse nervioso. Enciende un cigarrillo. Escucha todavía. Todo sigue en silencio. Con gesto de ira tira el cigarro. Aparece Francisco por el fondo con una bandeja, en la que va la taza de la manzanilla.)

ALBERTO.—(Volviéndose.)—¿Quién es?

FRANCISCO.—La manzanilla para el señor... (Alberto levanta los brazos con ademán desesperado y sale impetuosamente por la derecha, tirando al suelo el servicio que el criado traía.)

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

(Al levantarse el telón la escena está vacía. Tras algunos instantes entra FRANCISCO por la derecha; cruza, cauto, de puntillas, mirando en torno suyo; llega a la puerta de la izquierda, escucha un momento. Después se vuelve para hacer una seña, a la puerta de la derecha. Entra PABLO, indeciso, mirando a uno y otro lado, con temor.)

FRANCIS.—Venga, venga..., señor. No hay nadie...

PABLO.—¿Pero ha salido o no ha salido?

FRANCIS.—No sé. Adela me ha dicho que se estaba vistiendo.

PABLO.—Todo se había preparado bien. Adela debía de estar aquí... Tú, en el jardín... Rosa, en el pasillo, limpiando los muebles... El que primero la viese daría la señal...

FRANCIS.—Y, en efecto...

PABLO.—Estaba claro... Si se dirigía al comedor, cantaría Adela... Si llegaba al pasillo, cantaría Rosa... Si salía al jardín, cantarías tú... ¡Por lo menos se sabría hacia dónde dirigía sus pasos! Pero, sí, sí... Os pusisteis a cantar todos juntos...

FRANCIS.—Fué un error.

PABLO.—Sí; pero mientras tanto no se sabe dónde está. En su alcoba, no...

FRANCIS.—Me parece que ha debido marcharse.

PABLO.—(Con impaciencia.)—¡Me parece!... ¡Me parece!... ¡Hay que estar seguro!... ¡Otro a quien le parece!... ¿Y no ha vuelto la tía?...

FRANCIS.—No. Me advirtió que dijese a la señora que volvería hacia las diez.

PABLO.—¿A qué hora salió?

FRANCIS.—Muy pronto. Aun no eran las ocho. (Se oye la voz de Rosa, que canta. Los dos escuchan emocionados.)

PABLO.—¿Quién canta?

FRANCIS.—Debe ser Rosa.

PABLO.—Entonces está en el pasillo.

FRANCIS.—¡Sí!... A lo mejor viene aquí...

PABLO.—¡Chiss!... Pasos... Es ella...

FRANCIS.—(Empújándole hacia fuera, derecha. Pablo sale por al derecha. Entra Adela con una bandeja, en la que hay una taza de café.)—¡Ah, eres tú!... Señor, es Adela...

PABLO.—(Volviendo a entrar.)—Pero entonces, ¿por qué cantaba Rosa?

ADELA.—Me ha sentido a mí, ha creído que era la señora y se ha puesto a cantar.

PABLO.—¡Qué estúpida! (Señalando a la bandeja.) ¿Qué es eso?

ADELA.—El café (Sale. Alberto aparece por la derecha.)

PABLO.—Buenos días, doctor.

ALBERTO.—¡Ah, buenos días! (Francisco sale.)

PABLO.—¿La ha visto?

ALBERTO.—¿A quién?

PABLO.—A mi mujer.

ALBERTO.—¡Cómo quiere que la haya visto! Acabo de salir del cuarto..

PABLO.—¡Ah! ¿Y ha dormido bien?

ALBERTO.—¡Dormir bien! ¡No he cerrado los ojos en toda la noche! Esta mañana me adormilé un póco, pero en seguida la gente empezó a cantar. ¿Qué es?... ¿Algún orfeón que hay cerca?

PABLO.—No, doctor. Le explicaré. (Deteniendo con el gesto a Adela, que salía.) ¿Quiere desayunar?

ALBERTO.—Encantado. (Alberto se sienta sobre el diván, frente a la mesita. Pablo le sirve el desayuno.) ¿Más café?...

ALBERTO.—Gracias... Así... (Se oye la voz de Luisa.)

LUISA.—¡Pablo! (Entra por la izquierda; viene alegre, vivaz, reidora. Traje elegante de mañana.) ¡Buenos días!..

PABLO.—¡Ah!

ALBERTO.—(Haciendo ademán de levantarse.) —Buenos días.

LUISA.—No, no te muevas. (Inclinándose hacia Alberto, a través de la mesa.) Dame un beso en la frente, no te manches con la pintura. (Alberto la besa tímidamente en la frente. Luisa se vuelve a mirar a Pablo, que se ha retirado hacia la pared del fondo.) ¿Todavía usted aquí?

PABLO.—(Balbuciendo.)—No . Es que... Pasaba...

LUISA.—(A Alberto.)—Entonces, ¿es que habéis hecho las paces?

ALBERTO.—Me explicó todo... Fué un equívoco.

PABLO.—Eso, un equívoco...

LUISA.—Tanto mejor... (Aparecen la tía Clotilde y Evelina.)

CLOTILDE.—Buenos días.

LUISA.—¡Oh, tía! ¡Bien venida!

PABLO.—(Inclinándose.)—¡Buenos días!

CLOTILDE.—Discúlpeme, mi joven amigo, si no puedo darle la mano. (A Alberto.) ¿Cómo estás, sobrino?

ALBERTO.—(Nervioso.) — Muy bien... Divinamente... ¿Cómo quiere que esté?...

LUISA.—¿Has dado un buen paseo?

CLOTILDE.—(Con acentos de admiración.) — ¡Un encanto!... La Vía Appia... Los Escipiones . Cecilia Metel... ¡Todo bellísimo! (Da flores a Luisa.) Toma... Estas son para ti...

LUISA.—Gracias. ¡Qué bonitas!

CLOTILDE.—(Da otras flores a Alberto.) Y éstas, para ti... Las he arrancado de una tumba...

ALBERTO.—Eso es buena suerte...

CLOTILDE.—(A Pablo.) En usted ha pensado mi pequeña Evelina. (A Evelina.) Dale la hiedra, nena...

EVELINA.—Sí mamá. (Da un ramo de hiedra a Pablo.)

CLOTILDE.—¡La hiedra! Símbolo de la fidelidad. Donde se abraza muere... (A Luisa.) ¿Sabes? Quisiera dar una vuelta contigo. Unos encargos...

LUISA.—Estoy a tu disposición.

CLOTILDE.—(Llevando aparte a Alberto.) ¿Hablaste a tu amigo?

ALBERTO.—¿De qué?

CLOTILDE.—De mi pequeña Evelina...

ALBERTO.—No . .

CLOTILDE.—Háblale, háblale...

ALBERTO.—Sí, tía; le hablaré, no pases cuidado...

CLOTILDE.—Después tendremos que buscar el modo de que los muchachos se queden a solas un poco...

ALBERTO.—Sí, lo haremos .

LUISA.—Estoy dispuesta, tía... Vamos cuando quieras.

CLOTILDE.—Sí. (A Pablo.) Si quiere acompañarnos .

PABLO.—(Que ha quedado con el ramo de flores entre los brazos.) Es que tengo que hablar con él...

CLOTILDE.—¡Ah! (Queda un momento indecisa, y después deja el abanico sobre una silla.) Volveremos entonces más tarde. (A Alberto.) No trabajes mucho...

ALBERTO.—¡No!... Hasta luego.

LUISA.—(Cogiendo el abanico.) Tu abanico, tía...

CLOTILDE.—(Contrariada.) ¡Ah, gracias! (Lo toma.) Necesito que me acompañes a escoger unos encajes. (Pone el abanico sobre otra silla.) Me aconsejarás .

LUISA.—Pero, tía, para lo que yo pueda valerte...

CLOTILDE.—(A Pablo.) Entonces hasta dentro de un rato.

PABLO.—Hasta luego, señora.

EVELINA.—(Dando el abanico a Clotilde.) —Tu abanico, mamá.

CLOTILDE.—(Entre dientes, autoritaria.)—Déjalo ahí.

EVELINA.—(Dejándolo.)—Sí, mamá.

CLOTILDE.—(Marchando con Luisa y Evelina.) — Hasta luego. (Pablo tira al suelo el brazado de hiedra.)

PABLO.—Esta vieja empieza a ponerse pesada.

ALBERTO.—(Con ira contenida.) Sí. De acuerdo...

PABLO.—Aprovechemos, doctor, este momento en que estamos solos para estudiar un plan...

ALBERTO.—¿Un plan? Yo ya lo tengo: marcharme...

PABLO.—¿Marcharse?

ALBERTO.—Sí... ¡Marcharme! ¡Y en seguida!... Para la enfermedad de su mujer busque usted a otro.

PABLO.—¿Qué?

ALBERTO.—Sí. Ya he estado bastante . Y yo tengo mi clientela y mis enfermos... Compréndalo...

PABLO.—Más... Un caso tan interesante...

ALBERTO.—(Impávidamente.) — ¡Interesante!... ¡Interesante!... Una enfermedad vulgarísima...

PABLO.—Me dijo que era tan rara...

ALBERTO.—¡Bah! Tan rara... Cuando se tiene una enfermedad en casa se cree siempre que es rarísima... ¡Como si no hubiese más que esa!

PABLO.—Dos casos, únicamente. En Miami y en Pernambuco.

ALBERTO.—Bien... Pues precisamente por eso... ¿Qué interés puede tener una enfermedad de la cual sólo se conocen dos casos? Lo tendría si fuesen menos. Pero dos únicamente... Es como si no existiese... (Entra Adela.)

PABLO.—¿Qué quiere?

ADELA.—Señor, es .

PABLO.—Estoy ocupadísimo... No estoy para nadie. ¿Quién es?

ADELA.—La mecanógrafa.

PABLO.—(Cambiando de tono.) — ¡Ah, la mecanógrafa! Bien. Dile que venga otro día. Mañana. Pero, no; espera. (Saca la cartera y mete unos billetes de Banco en un sobre.) Esto; dale esto. Son tres meses de sueldo. Dile que tengo que marchar. Le daré unas cartas de recomendación. Es inútil que vuelva. Salúdala de mi parte.

ALBERTO.—(Que ha escuchado con interés.)—Un momento. ¿Es su mecanógrafa?

PABLO.—(Con curiosidad.) — Sí; era mi mecanógrafa, pero ahora... He tenido que prescindir de ella porque me rendía poco. Vete, Adela.

ALBERTO.—(Deteniendo con un gesto a Adela.)—No, no. Espere... (A Pablo.) Usted me dijo ayer, por la mañana, que mientras estaba dictando una carta a la mecanógrafa entró su esposa, dió un grito y huyó. ¿Era esa mecanógrafa?

PABLO.—Sí.

ALBERTO.—Entonces podríamos intentar un experimento que tal vez... (A Adela.) Dígala que espere un momento.

ADELA.—Sí, señor. (Sale.)

ALBERTO.—Es el experimento clásico, al que se debe la curación de número sísimos casos de locura pasajera. La reproducción escrupulosa de las condiciones de ambiente en que se manifestó el desequilibrio. ¿Es aquí donde usted dictaba la carta?

PABLO.—Sí.

ALBERTO.—¿Es aquí donde la señora, apenas entró, lanzó un grito?

PABLO.—Sí.

ALBERTO.—Entonces es aquí donde debemos reproducir la escena con la máxima exactitud. Una sola diferencia: que en su puesto me pondré yo ahora, puesto que para la señora su marido soy yo. Si el experimento resulta bien, la excitación memotécnica producirá el encaje psíquico. La situación volverá a su normalidad.

PABLO.—(Perplejo.)—Perdóncme, doctor.

ALBERTO.—¿Qué es?

PABLO.—(Violento.)—Nada. Quería decir... ¿Está usted verdaderamente seguro de que este experimento puede tener éxito?

ALBERTO.—¡Seguro!... Se intenta.. Se trata de pene-

trar en los laberintos misteriosos de las reacciones psíquicas... ¿Seguridad? Ninguna. ¿Esperanza? Mucha. Probemos...

PABLO.—Precisamente... Toda vez que no hay una seguridad absoluta, quizá fuera mejor... (Vacila.)

ALBERTO.—Intentémoslo. Si el experimento no cuaja, paciencia.

PABLO.—(Resignado.)—¡Bien! (Va a la puerta y llama.) Adela, haz que entre... (Entra la mecanógrafa. Vivaz, elegante, muy rubia, experta conocedora del valor de sus atractivos físicos.)

MECANO.—Buenos días.

PABLO.—(Sin mirarla.)—Buenos días, señorita.

MECANO.—Muchas gracias por los tres meses de sueldo. ¡Es usted muy bueno!

PABLO.—(Efusivamente.)—Nada, nada... No tengo más remedio que prescindir de sus servicios... Sí . Y para el caso de que no encuentre ahora trabajo, le daré unas cartas de recomendación...

MECANO.—Agradecida, pero no lo necesito ya... He encontrado colocación...

PABLO.—¿Ah, sí?

MECANO.—Con el abogado Santini... Me imaginaba que iba a quedar en la calle...

ALBERTO.—Entonces, amiga mía, si quiere usted explicar a la señorita...

PABLO.—Es mejor que se lo explique usted.

MECANO.—¿Debo quitarme el sombrero? (Haciendo ademán de ello.)

PABLO.—No, no importa.

ALBERTO.—Sí, quíteselo. Así queda como si fuese a trabajar...

MECANO.—(Quitándose el sombrero.)—Así... Ya está... (Se quita la chaqueta y queda con una blusita muy escotada y de mangas cortísimas.) Así...

ALBERTO.—¿Es el mismo traje de ayer?...

PABLO.—(Evasivo.)—No sé... Me parece que sí .

MECANO.—Sí, sí... El mismo... (Acercándose.) ¿Le gusta?

ALBERTO.—(Serio.)—Sí. Tenemos necesidad, señorita, de su colaboración para una experiencia de la mayor importancia...

MECANO.—¿Qué es? ¿Espiritismo?

ALBERTO.—No, señorita. Es algo muy grave y que requiere la máxima atención . Usted recuerda, sin duda, que

ayer, sobre esta hora, la señora entró en esta estancia, lanzó un grito y huyó...

MECANO.—Sí, sí; recuerdo...

ALBERTO.—Ahora hemos de reproducir con escrupulosa exactitud la situación que precedió inmediatamente a la entrada de la señora. Hace falta que yo vea lo que usted hacía, si debo reproducir la escena... ¡Pronto, que el tiempo corre! Recomiendo una vez más exactitud matemática. Los mismos gestos, las mismas posiciones. ¿Comprendido, señorita?

MECANO.—Sí, sí.

ALBERTO.—Bien. Empiece a dictar.

PABLO.—¿Una carta cualquiera?

ALBERTO.—Sí. Claro que sería mejor la misma de ayer. Pero esto no tiene importancia. Adelante, veamos...

PABLO.—(Toma una carta y empieza a dictar.)—"De la instancia interlocutoria enviada al excelentísimo Tribunal se deduce..."

MECANO.—(A Alberto.)—Perdón...

ALBERTO.—¿Qué es?

MECANO.—Ha dicho usted que hacía falta reproducir la escena con exactitud matemática...

ALBERTO.—Sí.

MECANO.—Pues yo no estaba aquí...

ALBERTO.—¿No? ¿Dónde estaba?

MECANO.—Junto a esa mesa.

PABLO.—Aquí o allí..., es lo mismo...

ALBERTO.—De ningún modo. Ha hecho bien en advertirlo, señorita... Eso es... Se pone junto a la mesa. (La mecanógrafa lo hace.) Y usted, señor abogado, dicta la carta...

PABLO.—(Reanuda la lectura.)—Bien. "...de la instancia interlocutoria enviada al excelentísimo Tribu..."

MECANO.—(Interrumpiendo.)—Perdón...

ALBERTO.—¿Qué es ahora?

MECANO.—Un pequeño detalle. Como usted dice que quiere una exactitud matemática...

ALBERTO.—Sí... Diga...

MECANO.—Yo estaba sentada...

ALBERTO.—¿Ah, sí? Pues siéntese... (Le ofrece una silla.)

MECANO.—No... Estaba sentada. (Señala la mesa.) aquí...

ALBERTO.—Sobre la mesa.

MECANO.—Sí... (Se sienta sobre la mesa.) Así...

PABLO.—(Con embarazo.)—¿Sabe, doctor? Como se cansaba de estar en pie, la pobre...

ALBERTO.—(Serio.)—¿Ah, comprendo!... Comprendo...

PABLO.—Debo... ¿Debo dictar?

ALBERTO.—Sí... Dicte, dicte...

PABLO.—"De la instancia interlocutoria enviada al excelentísimo..."

MECANO.—Perdón, señor abogado. Usted no estaba sentado...

PABLO.—¿Ah, no? ¿Cómo estaba?

MECANO.—Estaba de pie, aquí, junto a mí.

PABLO.—¡Ah, sí! Es verdad... Ahora recuerdo... Yo estaba de pie y le dictaba...

ALBERTO.—Escúcheme. Estamos perdiendo un tiempo precioso. Le he dicho que es necesario reproducir la escena con una exactitud matemática. Usted sabe la importancia que tiene este experimento. ¿Se puede saber de una vez cuál era esa posición?

MECANO.—Después de todo, no tiene nada malo. (Le abraza.) Nuestra posición... era ésta...

ALBERTO.—¡Ah! Bien, bien...

PABLO.—Escúcheme, doctor. No vaya a creer..

ALBERTO.—Tiene poco que creer... Usted estaba abrazando a la señorita...

PABLO.—Un momento... Un momento brevísimo nada más...

ALBERTO.—Y precisamente en ese momento entró su señora. Esto explica todo. Esta es la razón de todo. ¿Pero por qué no me lo ha dicho antes?

PABLO.—Me pareció que era un detalle sin importancia...

ALBERTO.—¿Sin importancia? Pues este es el trauma psíquico, el choque nervioso que ha originado la epistaxis.

MECANO.—Pero, después de todo, ¿qué hay de malo en ello? ¡Un abrazo!...

PABLO.—Calle, que es usted la causa de todo.

ALBERTO.—Bueno. Ahora veamos el abrazo. ¿Cómo fué?

PABLO.—(Poniéndose en la posición del día anterior.)—Así...

ALBERTO.—¡Que sea exacto!

MECANO.—¡Exactísimo!...

ALBERTO.—(Observando.)—Quieta, quieta así... Esperen un momento que yo pueda ver bien. (Pablo y la Mecanógrafa quedan inmóviles en la posición del beso, como si posasen para una fotografía. Alberto se fija atentamente. En

este momento entra por la izquierda Evelina, que viendo la escena queda parada en la puerta, pálida.)

EVELINA.—¡Oh, perdón!

PABLO.—(Abrazado aún a la mecanógrafa.)—¿Qué es?

EVELINA.—(Balbuciendo.) — Quería... el abanico de mamá.

PABLO.—(Tomándolo de una silla.)—Aquí está...

EVELINA.—Gracias... (Huye. Alberto, Pablo y la mecanógrafa quedan inmóviles y se miran desorientados.)

PABLO.—¿Ha visto?

ALBERTO.—Sí, he visto

PABLO.—¡Qué bello cuadro formábamos! Yo, abrazando a la mecanógrafa... Y usted presenciándolo tranquilamente...

ALBERTO.—Bueno, paciencia. Ahora...

PABLO.—Le repito que sería mejor renunciar al experimento...

ALBERTO.—Ya es inútil toda lamentación. Tratemos pronto de llegar al momento en que su señora entra... (Se oye cantar a Rosa.)

PABLO.—¡Ahora! ¡Ahora! ¡Es ella! ¡La voz de Rosa, que la anuncia...

ALBERTO.—Calma, calma...

MECANO.—¿Pero qué sucede?

ALBERTO.—Usted (A Pablo.) va allí y espera... (Le empuja fuera, por la derecha, y él se acerca a la mecanógrafa.) Usted queda aquí, sentada sobre la mesa. Ahora yo la abrazo, como la abrazaba el señor abogado

MECANO.—¡Ah, bandido!

ALBERTO.—No diga tonterías. Es por el experimento...

MECANO.—Sí... ¡Bonita excusa! ¡Pero no importa!

ALBERTO.—(Abrazándola.)—La misma posición...

MECANO.—El brazo rodeándome la cintura...

ALBERTO.—(Haciéndolo.)—¿Así?

MECANO.—Más apretadamente...

ALBERTO.—(Poniéndose en esa posición.)—Silencio, silencio... Estése quieta... (Queda inmóvil, abrazado a la mecanógrafa; en el momento de besarla entra por la izquierda CLOTILDE.)

CLOTILDE.—(Con un grito.)—¡Ah! ¡Pablo!

ALBERTO.—(Separándose de la mecanógrafa, con un gesto de desesperación.)—¡La tía!

CLOTILDE.—(Dramática.)—¡Pablo! ¡No puedo creer lo que veo! ¡Tú!... ¡Tú!...

ALBERTO.—Sí.... tía... Este... Te explicaré...

CLOTILDE.—¿Qué vas a explicarme? ¡Está explicado todo! ¡Ah, miserable! ¡Traicionar así a ese pobre corazón!

ALBERTO.—No... Verá...

CLOTILDE.—¡Bah! ¿Y quién es ésa?...

MECANO.—(Bajando de la mesa.)—Luisita Bandinelli, taquimecanógrafa.

CLOTILDE.—¡Atrás! ¡Atrás!...

MECANO.—¿Eh?... ¡Si no la voy a comer!

CLOTILDE.—(Con un gesto espectacular y dramático.)—Váyase, váyase de esta casa...

MECANO.—(Recogiendo sus cosas.)—Claro que sí... Me voy... (A Alberto.) Adios...

CLOTILDE.—¡Fuera! ¡Fuera!... (La mecanógrafa sale, encogiéndose de hombros.) ¡Y ahora nos toca a nosotros dos!...

ALBERTO.—(Dominándose.)—Pero no hace falta gritar así.

CLOTILDE.—¡Claro que grito! ¡Sinvergüenza! ¡Descarado! ¡Traicionarla aquí, en su propia casa! ¡Profanar el hogar doméstico!...

ALBERTO.—(Estallando.)—¡Basta! Se acabó... Tengo que decir a usted que...

CLOTILDE.—(Agresiva.)—¿Que? ¿Qué vas a decir? ¡Veamos! (Entra Evelina y queda asustada, junto a la puerta.)

ALBERTO.—¿Qué voy a decir? (Va a hablar, pero se domina con un esfuerzo y levanta los brazos al cielo con un ademán de furor.) ¡Nada! (Sale impetuosamente.)

CLOTILDE.—(Declamatoria.) — Evelina, pequeña mía... La tragedia ha caído sobre esta casa. Ese hombre es un libertino. ¡Lo he sorprendido abrazando a otra mujer!...

EVELINA.—No, mamá. No era él. Era aquel amigo suyo...

CLOTILDE.—¿Qué dices? ¡Era él mismo!

EVELINA.—No, mamá. ¡Era su amigo!

CLOTILDE.—¡Pero si lo he visto yo con mis propios ojos!

EVELINA.—¡También lo he visto yo con los míos!

CLOTILDE.—(Impaciente.)—Si te digo que era él, es que era él. Y cuando tu madre dice una cosa, tú no debes discutir

EVELINA.—Sí, mamá.

CLOTILDE.—(Mirando hacia la puerta.)—¡Oh! ¡Es Luisa! ¡Dios mío! ¡Cómo decir a esta pobre alma! (Luisa entra, serena y sonriente.)

LUISA.—Perdona, tía; me quedé un momento para dar unas órdenes.

CLOTILDE.—(Gravemente.)—Luisa, tengo que hablarte de una cosa grave, muy grave...

LUISA.—¿Qué ha sucedido?

CLOTILDE.—Evelina, vete a pasear al jardín.

EVELINA.—Sí mamá. (Sale.)

CLOTILDE.—Luisa. Me duele el corazón de tener que causarte este gran dolor de hoy...

LUISA.—¿Pero qué ha ocurrido, vamos a ver?

CLOTILDE.—Tu marido... Tu marido no es digno de ti... Lo he sorprendido hace poco abrazando a la mecanógrafa...

LUISA.—¿Qué?

CLOTILDE.—Sí... Es terrible, pero es así... Valor, pequeña, valor...

LUISA.—¿Pero cómo?... ¿Mi marido abrazando a la mecanógrafa?

CLOTILDE.—Sí...

LUISA.—(Incrédula.)—¿Mi marido?

CLOTILDE.—Sí. Tu marido.

LUISA.—¿Pero estás segura de que era él?

CLOTILDE.—Lo he visto con mis propios ojos.

LUISA.—¡Mi marido!

CLOTILDE.—(Impacientándose.)—¡Sí! ¡Tu marido!

LUISA.—¿El más alto?

CLOTILDE.—¡Sí!... ¡Tu marido! ¿Cuántos maridos tienes?

LUISA.—(Para sí.)—¡Oh!

CLOTILDE.—(Maravillada.)—¿Qué? ¿No dices nada?

LUISA.—(Recobrándose.)—Sí. Es terrible.

CLOTILDE.—Yo le he dicho ya cuatro cosas. Pero ahora debes hablarle tú...

LUISA.—Claro, claro...

CLOTILDE.—(Llama al timbre.)—Ninguna debilidad. No te dejes conmover... Todo debe haber acabado entre vosotros... (A Francisco, que aparece.) Dile al señor que venga en seguida.

FRANCISCO.—Sí, señora.

CLOTILDE.—Ya sabes: inflexible y sin piedad. Así lo espero de ti...

LUISA.—Sí, tía...

CLOTILDE.—Aquí está. (Aparece Alberto. Clotilde pasa ante él, orgullosamente.) Tu mujer lo sabe todo.

ALBERTO.—Mejor.

CLOTILDE.—Yo misma se lo he dicho.

ALBERTO.—Bien. (Clotilde sale. Alberto da unos pasos hacia Luisa. Está nervioso, inquieto. Habla de pronto.) ¡Bien, sí! ¡He abrazado a la mecanógrafa! ¡He abrazado a la mecanógrafa! (Le vuelve la espalda y va hacia la ventana.)

LUISA.—(Le mira, sonriendo, y se le acerca.)—Doctor, doctor, escuche... Yo no puedo más.

ALBERTO.—(Se vuelve, asombrado.)—¿Qué?

LUISA.—Sí... Esto se está complicando de tal modo... Yo no puedo más...

ALBERTO.—¡Pero cómo? ¡Cómo?

LUISA.—Sí..., porque... no sé si usted se habrá dado cuenta . que yo no he estado nunca loca...

ALBERTO.—¡No!

LUISA.—Ni en sueños... Lo fingía así... Pero ahora las cosas se han enredado de un modo...

ALBERTO.—¿Es posible? ¡Usted no está loca!

LUISA.—No... No se enfade, doctor... Empecé así, por dar miedo a mi marido...

ALBERTO.—¡No está loca!

LUISA.—Mi marido merecía una lección, ¿no le parece? Hacerle sentir el espanto de la locura. Pero después ha llegado usted, y entonces..., entonces el juego me ha tentado. ¡Qué extraña sensación la de verse casada con una persona a la que no se conoce! Pero las cosas se han complicado tanto, que con todo esto tengo miedo de volverme loca de veras.

ALBERTO.—(Dolido.)—Entonces usted ha jugado con la ciencia y con este modesto representante de ella?

LUISA.—¡Oh, doctor! ¿Le disgusta haber hecho por un día el papel de mi marido?

ALBERTO.—No... No... No es eso lo que quiero decir. (Asaltado por una idea repentina.) Pero... ayer, ayer...

LUISA.—¿Qué?

ALBERTO.—(Animoso.)—Ayer por la noche...

LUISA.—¡Ah!... Anoche... ¡Anoche sí que estaba por hacer una locura!... ¡Se comprende!... A una mujer a la que se ha engañado se le puede llegar al pensamiento la idea de venganza. Menos mal que me encontré con un caballero...

ALBERTO.—(Sorprendido.)—¿Un caballero?

LUISA.—Sí..., verdaderamente un caballero.

ALBERTO.—(Impaciente.)—Hablemos de anoche...

LUISA.—No, doctor. Se lo ruego... Anoche estaba loca... Y hoy estoy cuerda...

ALBERTO.—Pero ahora, yo...

LUISA.—Usted ha sido muy bueno... Y ahora me ayudará a salir de todas estas complicaciones... ¿Qué se puede hacer, diga; qué se puede hacer?...

ALBERTO.—No sé... Yo aconsejaría continuar así...

LUISA.—No... Ahora, el juego no sería ya inocente y podría resultar peligroso.

ALBERTO.—¿Le interesa tanto curarse?

LUISA.—¡Es necesario!... Ahora, dígame, doctor: ¿se puede curar así, de pronto..., sin una razón?

ALBERTO.—Sí, sí... Los locos pueden hacer cualquier cosa... ¡Pueden cometer hasta la locura de curarse!...

LUISA.—¿Qué debo de hacer?

ALBERTO.—Una cosa muy sencilla: reconocer a su marido en cuanto lo vea.

LUISA.—¿Cómo?... ¿Así, sin más ni más?

ALBERTO.—Sí... Como si nada hubiera pasado. Trátele como le hubiera tratado ayer después de lo de la mecanógrafa...

LUISA.—Entonces, le doy dos bofetadas...

ALBERTO.—No... Deje las bofetadas... Usted debe estar como un poco ausente de todo, como si despertase de un sueño largo...

LUISA.—¿Así hacen los locos que curan?

ALBERTO.—Sí. Así... Esté como aturdida, como en tinieblas...

LUISA.—¡Oh! Entonces, ¿no debo decir nunca a mi marido que yo no estaba loca?

ALBERTO.—No, no...! Déjele usted siempre ese recuerdo y ese miedo... Pero, dígame una cosa, señora: anoche, cuando usted me dijo...

LUISA.—(Con aire extático.)—¿Anoche?... ¿Qué ocurrió anoche?... No recuerdo nada. Estoy aturdida, como en tinieblas...

ALBERTO.—¿Qué?

LUISA.—Sí... Los locos que curan.

ALBERTO.—Comprendo. (Va hacia la puerta de la izquierda.) ¿Llamo a su marido?

LUISA.—Sí...

ALBERTO.—(Abre la puerta y llama.)—¡Señor Malpieri! ¡Señor Malpieri! (Pablo aparece, asustado, en el umbral.)

PABLO.—¿Qué es?... ¿Qué pasa ahora?...

ALBERTO.—¡Curada!

PABLO.—(Con un grito.)—¿Qué?

ALBERTO.—(Señalando a Luisa.)—Véala...

LUISA.—¡Oh, Pablo!

PABLO.—¡Luisa! ¡Luisa mía!...

LUISA.—¿Dónde estoy?... ¿Qué ha pasado?... Me siento aturdida, como en nieblas...

PABLO.—(Abrazándola.)—Estás aquí..., aquí..., en tu casa... ¡Con tu Pablo!

LUISA.—¡Oh, Pablo!... ¡Pablo mío!... ¿Quién es aquel señor?...

PABLO.—¡Ah!... Un amigo mío...

LUISA.—¡Tengo una confusión en la cabeza! Una sensación de angustia, de opresión...

PABLO.—¡No es nada!... ¡No es nada!... Ven a tomar un poco de aire en el jardín.

LUISA.—Sí... Un poco de aire...

PABLO.—(Se dirige hacia la puerta de la derecha, sosteniendo a Luisa.) Ven Luisa, mía... (Al pasar junto a Alberto, le estrecha la mano con efusión y le dice reconocidamente:) Gracias, doctor, gracias. ¡Es usted admirable! Vamos al jardín.

ALBERTO.—(Con modestia.) — ¡Bah!... No... (Salen Luisa y Pablo. Alberto coge su abrigo y su sombrero.)

LUISA.—(Reapareciendo por el fondo.) Doctor: ¡Hoy se quedará usted a comer con nosotros!...

ALBERTO.—(Con un grito de rebeldía.)—¡No, basta! Pero si algún día vuelve a enloquecer...

LUISA.—Sí: si algún día llego a enloquecer... Le llamaré... Se lo prometo desde ahora, doctor. Se lo prometo...

FIN DE LA COMEDIA

TALIA

REVISTA DE OBRAS TEATRALES

NUMEROS PUBLICADOS

N.° 1 **La Tonta del Rizo**, de Pedro Muñoz Seca.
« 2 **Los Restos**, de S. y J. Alvarez Quintero.
« 3 **¿Quién me compra un lío?**, de J. de Lucio y J. Moyrón.
« 4 **¡Un Marqués nada menos!**, de Antonio Paso.
« 5 **El Famoso Carballeira**, de Adolfo Torrado Estrada.
« 6 **Era una vez en Bagdad**, de Eduardo Marquina.
« 7 **Fulanita y Menganito**, de Luis Fernández de Sevilla.
« 8 **Lo que hablan las mujeres**, de S. y J. Alvarez Quintero.
« 9 **La venganza de Don Mendo**, de Pedro Muñoz Seca.
« 10 **¡Qué mala sangre tienes!**, de D. Antonio y Manuel Paso.
« 11 **Gracia y Justicia**, de Antonio Quintero.
« 12 **Los Mosquitos**, de S. y J. Alvarez Quintero.
« 13 **El Tío Miseria**, de Carlos Arniches.
« 14 **Anacleto se divorcia**, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
« 15 **"La casa de los brujos"**, de Pedro Pérez Fernández y Antonio Quintero.
« 16 **"...Y el ángel se hizo mujer"**, de Manuel de Góngora.
« 17 **¡Déjeme usted que me ría!**, de José de Lucio.
« 18 **El Rescate**, de Ruiz de la Fuente.
« 19 **El Corazón de las Mujeres**, de Salvador Martínez Cuenca
« 20 **La Cofradía de los Amargados**, de Antonio Paso.
« 21 **Mi Papá**, de Carlos Arniches y Enrique García Alvarez.
» 22 **Don Pepito**, de J. Téllez Moreno.
» 23 **Puente de Plata**, de A. Quintero.
» 24 **El Otelo de Zamora**, de Antonio y Manuel Paso.
» 25 **La Condesa Maribel**, de D.ª Pilar Millán Astray.

NUESTRO PROXIMO NUMERO

La Pluma Verde

de P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández

T A L I A

REVISTA D S

REVISTA DE OBRAS TEATRALES

A L I A

3 0112 117489259

PROXIMAMENTE

DULCINEA

El acontecimiento teatral

MAS GRANDE DE LA TEMPORADA

MAS DE 100 REPRESENTACIONES

Según la obra de GASTON BATY

Traducción y adaptación a la escena española

por HUBERTO PEREZ DE LA OSSA

2 ptas.

RESERVE SU NUMERO